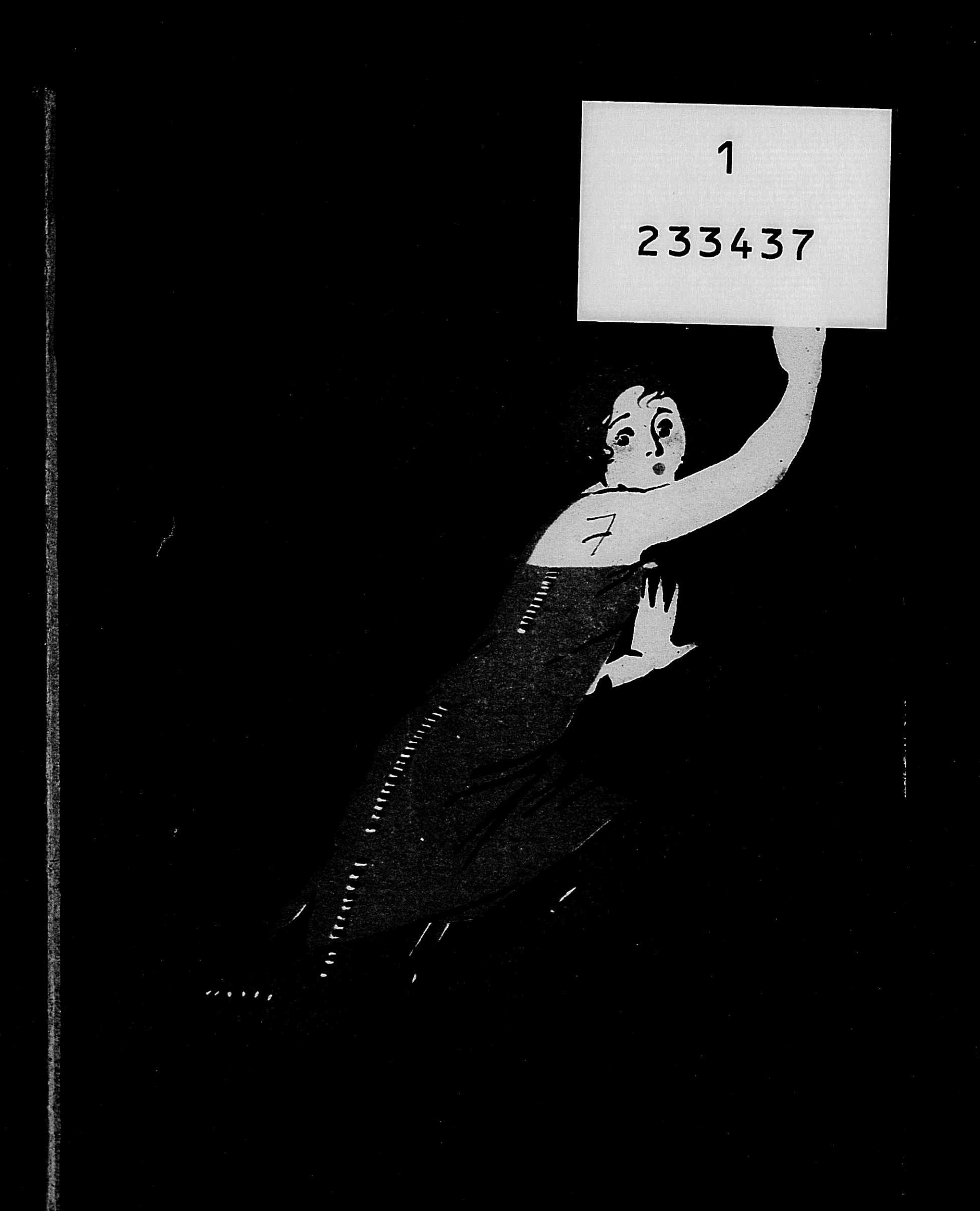
1

233437



1
233437

47/1504194

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473

Año I. Madrid, 30 de junio de 1924 Núm. 7.

ASTUCIAS DE MUJER

POR

EDUARDO ZAMACOIS

Ilustraciones de VÁZQUEZ CALLEJA

UNA PESETA

BIBLIOTECA MADRID

M A D R I D
SUCESORES DE RIVADENEYRA. S. A.
Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.
1924

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los dias, novela (tercera edición).
«*Volvoreta*», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, **4 pesetas.**

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, **4 pesetas.**
El hijo legal, por Artemio Precioso, **4 pesetas.**
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, **5 pesetas.**
Hampa y miseria, novela, por José Más, **5 pesetas.**
La España chica, por José Cuartero, **4 pesetas.**

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez de Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

A MANERA DE PRÓLOGO

R. 322819

NOVELAS CORTAS

Contribuyen efectivamente, La Novela de Hoy *y demás publicaciones similares, a mejorar la situación económica de nuestros autores y a fomentar en las muchedumbres la afición a leer?...*

A esta pregunta la mayoría de los libreros respondió negativamente:

—Las novelas cortas—dicen—, con su baratura "matan" al libro grande, al libro de cuatro o cinco pesetas; y si no lo "matan", lo "enferman" de gravedad. Un escritor cuidadoso de su reputación no debe consentir que sus producciones se vendan, como periódicos, por las calles. El contacto de la calle divulga la firma, es cierto; pero también la emplebeyece y despoja de aquel nimbo de selección y recogimiento en que, tal que en una dilecta fragancia de misterio, las legítimas obras de arte gustan de recatarse.

Contra estas razones hay muchos y valiosos argumentos que oponer.

Tratemos de ordenarlos:

Por lo que concierne al público, estoy ciertísimo de que la novela española "corta", que no debemos confundir con aquellos "libros baratos"—a peseta—,

la mayoría de autores extranjeros, vilmente traducidos y mutilados, con que algunos editores desaprensivos se enriquecieron, ha contribuído eficacísimamente a despertar el amor a la lectura. Hace veinte años, los novelistas, ensayistas y poetas de la generación del 98, no hallaban manera de publicar. En España no existían verdaderos centros editoriales; no los había..., porque tampoco había lectores. Se escribía poco porque nadie editaba; y nadie se atrevía a editar porque no se leía. Era aquello una especie de círculo negro, de atmósfera muda, asfixiante, quieta, en que todos los espíritus mozos respiraban mal.

"¿Dónde está la juventud?..." —preguntaban, como angustiados por su soledad, algunos viejos gloriosos.

Y la juventud callaba, porque el ambiente, retardatario y adverso a toda manifestación intelectual, les ataba las manos. Unicamente Pérez Galdós y Menéndez y Pelayo, en un triunfal primer término y luego Pereda, Valera, la Pardo Bazán, Palacio Valdés, Blasco Ibáñez y algún otro, producían libros; pero su labor, demasiado aislada, no conseguía determinar un movimiento espiritual colectivo y jocundo, y sus figuras descollaban solitarias, tristes, como palmeras diseminadas en la inmensidad sedienta de un arenal. Los demás escritores de la época: el maestro "Clarín", *Mariano de Cávia, Octavio Picón* Fernanflor, *Ortega Munilla..., se dedicaban casi exclusivamente al periodismo.*

Por entonces, algunos editores establecidos en Barcelona—no catalanes precisamente—aplicáronse a di-

fundir el libro "pesetero", cuya explotación había de proporcionarles rendimientos pingües, pero que, más que a enaltecer, contribuyó a desorientar y enturbiar los gustos del llamado vulgarmente "gran público". Una ola nauseabunda de pornografías chocarreras y de narraciones folletinescas pasó sobre nosotros...

En 1907 apareció El Cuento Semanal, *fundado por mí y sostenido únicamente por plumas españolas, la mayoría bisoñas, y a partir de esta fecha comenzó a iniciarse en toda la nación un abundante y jubiloso florecimiento intelectual. Aquella revista, ilustrada en colores e impresa en papel cuché, costaba treinta céntimos y se veía en todas las manos. Su éxito fué enorme, y el rastro que dejó dura aun. En Barcelona primero, y después en Madrid y Valencia, aparecen casas editoriales importantes. ¡Cosecha admirable, llena de halagüeños horizontes de progreso y cultura! El libro nacional presenta batalla al libro extranjero vulgar, y pronto le arrebata el favor de la multitud, lo arrincona y lo vence; todos los años surgen escritores nuevos, y el público, de día en día, más curioso, más consciente de esa obligación sagrada que debiéramos denominar "la obligación de leer", acoge sus obras amablemente, se familiariza con sus nombres y hasta experimenta el deseo—prurito de* dilettanti—*de acercarse a sus vidas. Antaño sólo eran populares los políticos, los toreros y los comediantes; hoy los escritores, a su vez, han bajado al pueblo y llaman su atención, síntoma excelente, pues demuestra que empiezan a ser amados.*

Esta tarea benemérita de divulgación o de "demo-

cratización literaria"—llamémosla así—de que tan necesitado estaba nuestro pueblo, la realizaron El Cuento Semanal, *y después* Los Contemporáneos, *y mas tarde* La Novela Corta, La Novela Semanal *y* La Novela de Hoy—*cito por orden cronológico—. El milagro, de todos conocido, es suyo y reciente, y no hay para qué disputárselo. Y el milagro es éste: quince años atrás, los libros costaban de una a tres pesetas, y apenas hallaban compradores; una edición de tres mil ejemplares se calificaba de "extraordinaria"; hoy los libros se venden a cuatro o cinco pesetas, y se venden bien.*

Respecto a que los autores vulneren sus intereses y avillanen su firma escribiendo novelas cortas, no veo en qué pueda cimentarse esta opinión. Porque se desacreditarán los mediocres, los adocenados que no saben llegar al corazón del lector; pero los ilustres, los que ganan con ser conocidos al ponerse en contacto con las muchedumbres, verán acrecentarse por igual su prestigio y sus ganancias.

—Pero es que sucede—continúan arguyendo los libreros—que el escritor que se vende bien en los quioscos y puestos de periódicos a treinta céntimos, se vende mal a cinco pesetas en las librerías. El folleto daña al libro.

A lo cual yo respondo:

—¿Y por qué razón, cuando la diferencia en los precios se halla harto justificada por las dimensiones de las obras?

A esto pudiera añadirse que hay ciertos autores que, sin embargo de abstenerse de escribir novelas cortas, venden trabajosamente sus libros, y otros, en

cambio, que los venden bien, no obstante escribir de continuo novelas cortas. Lo cual demuestra que no es el precio, sino la calidad, lo que decide inapelablemente del mayor o menor éxito de los libros.

Tampoco acepto el dictamen, a todas luces disparatado, de aquellos para quienes la "novela corta" representa una degeneración, abreviatura o reducción infortunada de la "novela grande", y es a ésta lo que, con relación a la zarzuela en tres actos, el antiguamente denominado "género chico". Semejantes clasificaciones son inadmisibles. Las obras de arte representan emoción, intensidad, perfección, en suma, y no "espacio", y así, tan absurdo es preferir el palacio del Louvre al monasterio del Escorial, sólo porque aquél es mayor, o poner sobre Balzac a Xavier de Montepín, porque éste escribió más, como sostener que un volumen de cuatrocientas páginas ha de ser más interesante y más bello que un folleto.

Por otra parte, no es cierto, según algunos aseguran, que una "novela corta" sea una especie de "novela grande" comprimida y echada a perder. ¡Lamentable error!... Dentro del verdadero Arte, imitación o excelso trasunto de la Naturaleza, todo es equilibrio y armonía, y, por ende, ni los tipos pueden falsearse, ni los argumentos susceptibles de añadiduras o encogimientos caprichosos, pues lo añadido o abultado arbitrariamente se conoce y despega desairadamente del conjunto, y lo reducido a proporciones injustas, también. Hay asuntos que sirven para un cuento "breve" de periódico, y nada más; y otros que exigen ser desarrollados en las cincuen-

ta o sesenta páginas que generalmente componen una "novela corta", y otros, en fin, que reclaman mucha mayor extensión; pero nunca ninguno de ellos servirá más que para aquella narración—grande o breve—a que por su íntima y fundamental estructura nació destinado.

Niego, pues, rotundamente, que una "novela corta" sea—sólo por imperativos de su tamaño—inferior a una "novela grande". Yo no cambio el cementerio de Milán por el de Génova; yo doy todo el teatro de Echegaray por un acto de Hamlet...

EDUARDO ZAMACOIS.

Junio, 1924.

ASTUCIAS DE MUJER

I

A media mañana, apenas extinto el rebullicio de gritos, órdenes, piafar de caballerías y golpear de baúles, con que el coche salió para la estación llevando a los viajeros que debían marchar en el correo de las diez y treinta, el "Hotel de los dos Cisnes", el mejor de la ciudad, recobró su hondo sosiego provinciano; y al quedarse callado, como por obra milagrosa del silencio, los techos, de pronto, parecieron elevarse, y la escalera, de bajos y usadísimos peldaños, situada al fondo del zaguán, hízose más ancha, y creyérase asimismo que en el vasto comedor, instalado en la planta baja y a la sazón lleno de sol, repentinamente hubo más luz. Un mastín dor-

mido en medio del portal, sobre el limpiabarros, intensificaba la pereza estival de la escena. En la calle muda, a intervalos y cada vez más distante, resonaba un pregón.

Don Natalio, el dueño del hotel, que garrapateaba nombres y números en un libro mugriento, detrás de una mesita, levantó bruscamente la cabeza. Por una de las cuatro ventanas del comedor, y en dirección a la entrada del establecimiento, acababa de vislumbrar la silueta de un hombre. Aunque la visión fué rapidísima, sus ojos ejercitados no se equivocaron completamente al juzgarle. "Me parece un forastero", pensó. Al enfrentar el transeunte la segunda ventana, don Natalio le reconoció: "Es Juan López, el empresario...", y acordándose de su huéspeda, la cupletista Sarita Durán, añadió mentalmente: "De fijo viene a contratarla."

Momentos después, por la puerta que relacionaba el comedor con el zaguán, entraba Juan López. Vestía traje modesto de pana, camisa de cuello blando, no muy limpio, som-

brero gris, de alas desniveladas por el mucho servicio, y viejas botas de color. Era un individuo cincuentón, de estatura mediana, de rostro seco y cobrizo, terriblemente arrugado por la intemperie, y cuyo cuerpo flaco tenía ese andar largo que adelanta mucho y distingue a las personas nacidas en tierra llana.

Saludáronse los dos hombres con muestras de alegría y de mutuo aprecio, pues eran antiguos conocidos, y el recién llegado preguntó por Sara Durán.

—Quisiera llevarla a Vado-Hondo por dos funciones—explicó—; no la conozco, pero me han asegurado que es bonita de cara y que trabaja bien.

—Es bonita de cara y de cuerpo—apresuróse a decir don Natalio—y sabe cantar, y más aún bailar. En el "garrotín" y en la "rumba" no hay otra.

Juan López, en cuyos ojuelos bruñidos y negrísimos acababa de prenderse una lucecita, quiso averiguar si la Durán era gorda.

—Ni gorda ni delgada—informó su colo-

cutor—, y con la carne que a su estatura conviene perfectamente repartida. No creo que por aquí haya pasado ninguna artista mejor.

—Dicen que la noche de su beneficio, al final, bailó en camisa...

—Esa—aclaró vivamente don Natalio—danza en camisa..., ¡y hasta sin camisa!..., lo que la pidan; porque es de las artistas que no saben negarle nada al público. ¡Ah, pero tiene un defecto! La gustan a cegar el éter, la cocaína, la morfina..., y muchas veces se olvida de que en el teatro están esperándola, y se echa a dormir allí donde el sueño la sorprende. Una noche la encontré caída, atravesada, en la escalera. ¿Quieres más?... Te lo advierto para que, si llegases a contratarla, la vigiles bien.

—¿Trae consigo alguna criada?

—No.

—¡Tanto mejor!...

Así aleccionado, Juan López despidióse de don Natalio, y, con su venia, subió a visitar a Sara, quien ocupaba, en el piso principal,

una de las habitaciones mejores de la hospedería. Con los nudillos llamó suavemente a la puerta, que halló entornada, y como nadie respondiese, transcurridos breves instantes volvió a llamar. Una voz laxa y dulce de criolla, que parecía deslizar en cada sílaba una gota de miel, contestó:

—Adelante...

Avanzó el recién llegado, y lo primero que sus ojos afortunadísimos vieron fué a Sarita Durán en pie y triunfalmente desnuda ante el espejo de un armario. Su cuerpo blanco, por igual vibrante y carnoso, resplandecía bañado en sol. Simultáneamente y a despecho del deslumbramiento de sus sentidos, Juan López pudo admirar la venustidad de aquella espalda, el tesoro rubicundo de los cabellos y la feliz armonía de los senos tempranos y del vientre, reflejados nítidamente sobre el cristal. La joven lanzó un grito y, con un movimiento pudoroso y rápido, se envolvió en una bata de seda azul. Desconcertado el intruso, quiso retirarse, pero ella le llamó.

—Pase—dijo—, y dispense que le haya recibido así. Cuando oí llamar no me dí cuenta de que estaba desnuda.

Juan López declinó su nombre, y con prisa de granjearse la confianza de su interlocutora invocó su antigua amistad con el propietario del Hotel de los dos Cisnes.

—Usted—añadió—debe de haber recibido ayer una carta mía.

Ella exclamó, distraída:

—¡Ah, sí!...

Sus lindos ojos pardos, imperceptiblemente dilatados por la acción de las drogas misioneras del ensueño, pasearon por la habitación, que olía a perfumes y a éter, una mirada circular: maquinales se dirigieron hacia las revueltas ropas de la cama, inspeccionaron una mesita cubierta de papeles y de objetos de tocador, y luego, mortecinos, como fatigados súbitamente, recorrieron el suelo. Pero su atención no conseguía concentrarse, y así esta diligencia fué baldía.

—Ya sé...—balbuceó...; usted es un empresario...

—Sí, señora; el empresario de Vado-Hondo.

—¿Un pueblo, verdad?...

Juan López sonrió, con amabilidad forzada.

—No se trata de un pueblo, precisamente: Vado-Hondo es una especie de hacienda..., ¿cómo diría yo?... Un grupo de cinco o seis viviendas, de las cuales la mayor es la mía, que constituyen el centro de reunión único de la cuenca minera más rica de esta provincia. Mi casa es un mesón, en el que, cuando hace falta... los domingos, por ejemplo, se sirve vino al menudeo, y donde he arreglado una especie de cinematógrafo al aire libre...

Y añadió, con la entonación áspera y el despechado ademán de quien teme haber perdido su tiempo.

—¡Usted, por lo visto, no ha leído mi carta!

—La leí, se lo juro—afirmó ella con preci-

pitación cortés—, pero no la recuerdo. Usted ha de perdonarme...

Nuevamente giró en torno suyo sus hermosos ojos parpadeantes; pupilas amables y distraídas, de las que parecía haberse ausentado la atención. Tenían sus frases, como sus gestos, una extraña incoherencia que, si al principio podía desagradar, luego atraía y cautivaba. Lo subconsciente ocupaba todo aquel espíritu, y a veces lo rebasaba, y así en él todo andaba revuelto y fuera de compás. El "yo", capacidad o elemento centrípeto y ordenador de los actos de cada individuo, por producirse sólo de manera intermitente, arruinó la coordinación lógica de la vida mental. En la lucha constante de comprensión y adaptación que el alma sostiene con el mundo objetivo, el pensamiento, la voluntad y la fantasía de Sarita Durán, parecían tres generales enfermos que laborasen independientemente por diversos y aun opuestos caminos. Lo "puro" y lo "práctico"—según la inamovible clasificación kantiana—funcio-

naban desconcertadamente, y así la idea y la acción fructuosa casi nunca coincidían. Perdido bajo las nieblas grises de la cocaína y del éter, sus dos venenos favoritos, aquel espíritu avanzaba a tropezones, realizando actos que no pensó hacer, en tanto concebía propósitos que jamás obtendrían realización. El cerebro de la artista, en suma, era como una orquesta sin director, en la cual cada músico tocaba una melodía y seguía un ritmo. Por esto, que no por hábitos de cortesana impudicia, autorizó a Juan López a entrar hallándose desnuda, porque en aquel momento no sabía que lo estaba, y si lo comprendía no acertó con el gesto oportuno para cubrirse. Dijo, pues, "adelante", como pudo decir "espérese usted", arbitrariamente, ya que en sus palabras no había idea ninguna.

Aunque rústico, de todo esto el mesonero de Vado-Hondo fué apercibiéndose, y así pronto modificó la malísima impresión que le produjera el modo, harto desenfadado, que la joven tuvo de recibirle. Mientras se-

guían hablando, ella frecuentemente se interrumpía, porque el pensamiento se la escapaba, como algo deshilachado y flotante, y también, inconsciente, abría su bata para con un ademán ruboroso de brazos taparse mejor.

"En la cabeza de esta criatura—reflexionaba Juan López—falta más de un tornillo."

Al propio tiempo sentíase poderosamente subyugado por la ingenuidad de aquella mujer, pequeña de estatura, de facciones correctas y carnes turgentes y blanquísimas, a quien la misma dulce desorganización de su espíritu infantilizaba y hacía más deseable. Con delectación sensual, Juan López detenía-se a examinar el júbilo áureo de los despeinados cabellos, la armonía del cuello y de los hombros, el encanto acariciador de las manos pulidas, la ligereza mimbreña del talle, y con más encendido ahinco aún observó la gracia con que las líneas de los muslos descendían hasta desvanecerse en la pinturera brevedad de los pies. Esta impre-



sión, de minuto en minuto más afirmativa, iba turbándole y parecía envolver su cabeza montaraz, de frente deprimida y rapados cabellos, en una ola de calor. Su pestorejo había enrojecido, y sobre los parietales prominentes dos venas, llenas repentinamente de sangre, latían como corazones. Las manos sarmentosas, entre tanto, jugaban con el sombrero, estirándolo o arrugándolo cual si fuese un papel. Acostumbrada a ser mirada así, Sarita Durán permanecía risueña.

—Entonces—dijo—usted deseaba llevarme a su teatro...

Estas palabras serenaron a Juan López, y el empresario, sórdido y discutidor, reapareció en él.

—Sí, señora.

—¿Mucho tiempo?

—Por dos funciones nada más: la del sábado y la del domingo.

Ella repitió, tratando de fijar sus ideas:

—Sábado... y domingo...

—No puedo ofrecerla otras, porque Vado-

Hondo, aun siendo muy rico, es muy pobre. Quiero decir que allí, como toda la gente es trabajadora, en mi negocio durante la semana no se gana un duro. Los sábados y domingos, en cambio, el dinero corre, porque los mineros, acaso porque todo les falta, hasta la luz, son hombres que, en tratando de divertirse, tiran su jornal.

Agregó, tras una pausa:

—Yo la daría a usted cien pesetas cada noche, y los gastos de viaje correrían de mi cuenta. Vea si la conviene mi proposición.

Sin vacilar, pero también sin entusiasmo, la joven asintió. Quiso luego saber el itinerario del viaje.

—No es de los peores—replicó Juan López—; desde aquí la diligencia nos lleva en tres horas a Puebla-Grande, que es cabeza de partido; y de allí, en coche o acaso mejor a caballo, hay otras dos o tres horas hasta Vado-Hondo. Hoy es miércoles, ¿verdad?...

Sarita Durán, que se dejaba vivir ajena a las nociones de espacio y de tiempo, esto es,

que nunca hubiera sabido explicar en qué lugar del globo vivía, ni en qué día estaba, alzóse de hombros después de pasear por los encalados muros de la estancia una mirada indiferente.

—Sí, hoy es miércoles—afirmó Juan López—; pues bien, el viernes puede usted marchar de aquí en la diligencia que sale, a las once, de la plaza del Ayuntamiento, y que a las dos llega a Puebla-Grande. Allí almuerza usted; a las tres toma una caballería o un coche, lo que prefiera, aunque yo la aconsejo lo primero, pues el camino es bastante malo, y allá a las cinco o las seis, está usted en Vado-Hondo.

—Será necesario—advirtió la joven, en cuyo soñoliento magín las ideas, por rudimentarias que fuesen, no llegaban a concentrarse—que todos esos datos me lo escriba en un papel...

—¡Y, de aquí al viernes, el papel se la extravía!...—exclamó chancero Juan López.

—No—atajó ella, mirando a su alrededor

con un gesto que demostraba cómo buscaba en torno suyo el aplomo o equilibrio de que su espíritu carecía—; la apuntación que usted me deje la clavaré en la pared, con un alfiler..., para estarla mirando...

—¿Y si se cae al suelo, y se pierde?...

—No se caerá: clavándolo bien...

—Lo más acertado será—aconsejó él—que, pues yo no podré marcharme mañana, como tenía pensado, hagamos el viaje juntos, y así no habrá usted de inquietarse por nada.

Aceptó ella la proposición con regocijo sincero, y entonces Juan López, a cuenta y como para dar mayor solidez a lo convenido, la entregó cien pesetas.

—El resto—prometió—lo recibirá usted el domingo, después de la función. Yo soy muy castellano viejo en mis tratos, y si quiere usted informes míos, pídaselos a don Natalio, que me conoce bien.

Esto dicho, se levantó, y ya iba a despedirse cuando volvió a importunarle aquel olor

a éter que momentos antes le disgustara. Acercóse entonces a la moza, y familiarmente, como si su condición de empresario le autorizase a ello, púsola una mano sobre la espalda.

—A propósito, Natalio me ha dicho que usted suele olvidarse de sus compromisos...

Ella le miró indecisa, dócil, humilde, sin ni siquiera una idea en la frente.

—Que la gusta el éter...

Sarita Durán bajó los párpados; un estremecimiento recorrió su cuerpo; el solo nombre de la droga adorada la había hecho palidecer. Juan López continuó:

—Y también la cocaína..., y la heroína..., y la morfina..., ¿eh?... ¿Es cierto?...

Mantúvose impenetrable, las manos cruzadas y una inefable expresión religiosa en el rostro, cual si cada uno de aquellos nombres evocadores de insoñados deliquios fuese para ella una especie de altar.

—Pues... ¡a ser juiciosa!—terminó él—, y hasta el viernes. No me engañe, porque per-

deríamos las amistades, y, aunque bonachón, cuando hace falta soy mal enemigo.

Con esta amenaza, que estimó sazonada por parecerle que no dejaría de estimular a la artista a cumplir lo acordado, despidióse de ella, y mientras bajaba la escalera iba diciéndose que, de grado o por fuerza, una de las tres noches que Sarita Durán había de pasar en Vado-Hondo sería para él.

II

Desde la tarde del viernes empezó a correr por Vado-Hondo y lugares comarcanos la noticia alborozadora de que Juan López, más conocido por el remoquete de "el Cocío", a causa, probablemente, del tinte rojizo obscuro de su piel, había contratado a una artista, joven y linda, que "debutaría" a la noche siguiente en "su teatro"; que de algún modo debía llamarse el tinglado de maderas y barriles, con apariencias de escenario, que para espectáculos tales aderezaba el mesonero en el vasto corralón que, cercado de bardales, se extendía a espaldas de su finca.

Tomaba su nombre Vado-Hondo del paraje en que estaba enclavado. Era un valle

agreste, prolongado y estrecho, muy fértil en verano, muy nevoso en invierno, especie de cañada abierta entre enhiestos montes de carácter granítico. Abundaban los yacimientos carboníferos, y los cereales, particularmente el trigo, se cosechaban bien en aquellos lugares profundos resguardados del viento. Fuera de los meses vernales y de otoño, deliciosos por su mesurada temperatura y su exuberante policromía, los cambios climatológicos más agresivos se producían allí. Durante el estío abrasaba el aire, ensuciado por el polvo fuliginoso de las minas; secábase el riachuelo que recorría de norte a sur la quiebra, amarilleaban de sed los árboles y del suelo rocoso desprendíase un vaho de horno.

Esta tragedia comenzaba en junio y duraba hasta mediados de septiembre. Era la época inhóspita en que los pajarillos y la hierba desaparecían, y los pastores emigraban con sus rebaños hacia otras planicies más altas y más verdes. Luego llegaba el período de las lluvias torrenciales, de las granizadas y de



los fríos; las nubes cenicientas, pesadas, en cuyo misterio flotante desaparecían las cumbres nevadas de la cordillera, tendían sobre el valle un palio umbroso que aceleraba la duración de los crepúsculos. El cierzo, aliento helado de los ventisqueros, arrancaba las hojas del bosque y ululeaba fúnebremente en los gollizos; el riachuelo, engrosado por los numerosos hilos de agua que bajaban espumeantes de la sierra, rugía polífono a lo largo de su cauce de rocas, y en ciertos lugares su caudal lograba profundidades imponentes. En las noches nevadas, infinitamente blancas bajo la lívida claridad de la luna, los lobos, mordidos por el hambre, aullaban agoreros, el hocico vuelto hacia el misterio astral.

Los naturales del país escaseaban: la mayoría de la mucha gente que por allí andaba era trashumante: braceros de Asturias y de Galicia, que trabajaban en las minas, y segadores castellanos y andaluces que, por agosto, terminada la recolección, emprendían el regreso a sus tierras. También abundaban los

vendedores de ganados, los trajinantes, los buhoneros y otros individuos de poco arraigo. Esta misma diversidad de tipos impidió que las casas, diseminadas en aquella quebrada que por su disposición tanto tenía de remanso como de camino, se aproximasen unas a otras hasta formar un pueblo. El arisco individualismo de las personas se revelaba en sus viviendas. Todos se conocían, pero nadie intimaba con nadie, cual si en cada conciencia hubiese algo vituperable que callar, y de este modo se estorbaban menos. Los mineros habitaban en ranchos miserables, fabricados por ellos mismos con tierra, latas y tablas viejas; y los segadores, a quienes acompañaba la buena estación, dormían en las eras, o al abrigo de los tinados o de los soportales de las casonas de labor.

Este vivir aislado, tan contrario al instinto de sociabilidad innato en el hombre, enriqueció a Juan López. El astuto llanero, que a través de los muchos capítulos de su pintoresca historia había sido, de mozo, piconero, y más

tarde emigrante, marino, contrabandista, traficante en caballos y arriero, sin que ninguno de tales empleos le proporcionase el aquietado bienestar que él ambicionaba, discurrió que un mesón, que a la par que albergue fuese cantina, pronto llegaría a ser un centro de reunión, una especie de energía centrípeta que capturaría el favor, y con el favor el dinero, de todo aquel enjambre humano, hasta entonces hermético, receloso y disperso.

Desde los primeros momentos sus optimismos obtuvieron realización feliz. El "Parador de Vado-Hondo", que así lo rotuló ladinamente su dueño, no tardó en ser lo más atrayente y risueño de aquellos contornos, al extremo de parecer que era de él de quien la región tomara su nombre.

Comprometiendo sus ahorros, que ascendían a dos mil pesetas, más otros ocho mil reales que le prestara, al cuarenta por ciento, el caciquillo y alcalde de Puebla Grande, compró López cinco hanegadas de buena tierra y levantó una casa de planta baja, con buenas



habitaciones, un anchuroso zaguán a propósito para cobijar carros y caballerías, y muros densos y fundamentos solidísimos, en previsión de que, ayudando la suerte, medrase el negocio, como sucedió. Todos los cosarios y trajinantes de los pueblos comarcanos pernoctaban allí, y las ganancias líquidas que semanalmente proporcionaban a Juan López los trabajadores que sábados y domingos iban a holgarse a su tienda, no bajaban de trescientas pesetas. Cerciorado de lo cual, el industrioso hospedero amplió su negocio, comenzó a servir comidas, y cuatro años más tarde, sobre el piso bajo, que en lo sucesivo destinaría exclusivamente a comedores y cocinas, levantó otros dos, para dormitorios, muy bien trazados y dispuestos. Luego, y en su interesado deseo de corresponder a la perseverante adhesión del público, compró una mesa de billar, lo que le granjeó nuevas simpatías y contribuyó a dar al parador cierto aspecto de casino. Asimismo adquirió de lance una máquina de proyecciones cinematográficas,

que colocó en su dormitorio instalado a espaldas de la casa, sobre el corral, cuyo espectáculo también acrecentó sus haberes; y finalmente, pareciéndole poco todo esto, de cuando en cuando llevaba a Vado-Hondo alguno de los modestísimos artistas que desfilaban por la capital: acróbatas, prestidigitadores, cupletistas..., con cuyas novedades reafirmó su reputación de hombre de iniciativas.

No necesitaba Juan López esforzarse en divulgar las diversiones con que hebdomadariamente distraía el ocio de sus convecinos, pues estos mismos, comentándolas unos con otros, las anunciaban. Aquella multitud era una especie de rotativo en cuya tirada cada individuo equivalía a un ejemplar, y la noticia o suceso publicado por cualquiera de ellos reaparecía inmediatamente en los demás. De este modo lo que se chismorreaba, verbigracia, después de almorzar en la era, los mineros lo aprendían al atardecer, no bien los

ascensores les devolvían a la superficie de la tierra.

El hecho de haber llegado "el Cocío" acompañado de una artista de bonísima presencia se difundió en seguida, y con celeridad tanto mayor cuanto el elemento femenino era en Vado-Hondo casi nulo. En toda aquella región, desde la mina de Santa Gertrudis, al norte, a la hacienda de Clavellinas, situada en el extremo meridional del valle, no llegarían a trescientas las mujeres—casi todas casadas—que había; mientras los hombres, aun en el otoño, después de retirarse los segadores, pasaban de dos mil. La castidad forzosa, el instinto genésico, represado por la carencia de hembras y a medias encalmado por el cansancio agotador de la cotidiana tarea; aquel férvido deseo, con justicia llamado "genio de la especie"—que así torturaba a la machada bajo el sol, en la era, como la perseguía candente en la lobreguez húmeda de la mina—, puso al "début" de la cupletista un nimbo de escándalo.

El viaje lo había realizado Sarita Durán sin otro bagaje que un maletín en donde llevaba sus joyas, algunos papeles de música y dos livianísimos trajes de baile. Los doce kilómetros de mal camino que separaban Puebla-Grande de Vado-Hondo los recorrieron ella y Juan López a lomo de mula, y eran pasadas las seis de la tarde cuando dominaron aquella parte del puerto desde la cual se atalayaba todo el valle. A partir de allí el camino descendía siempre, contorneando los cerros pedregosos. Enajenada de gozo ante la magnificencia escabrosa del paisaje, la joven comenzó a cantar. Admiraba el zahereño vigor de la quebrada, los tupidos macizos de árboles escalonados aquí y allá, en las vertientes rugosas de las montañas coronadas de nieves eternas; y más aún el incopiable contraste multicolor improvisado por el ocaso del sol, cuyos rayos anaranjados y bermejos pasaban rasando las sumidades blancas de la cordillera, y la extraña evaporación cerúlea, semejante al espíritu místico de la no-

che, que gradualmente ascendía de las profundidades nemorosas del valle. Y a esta feliz sucesión de colores rotundos y de inefables medias tintas sumábanse los ruidos innúmeros con que el campo demostraba saludar el arribo sedante del crepúsculo: murmullos de frondas, cauteloso piar de pajarillos, balar de ovejas, mugidos, ladridos vigilantes, latir de esquilas; y cual acorde dominante de toda aquella polifonía bárbara, el interminable clamor, sin modulaciones, del río. A poco, el sol fingió derrumbarse detrás de una montaña, lo que acrecentó instantáneamente la obscuridad del paisaje, y en el cenit, yerta y remota, se encendió una estrella. Como si hubiese estado esperándola, un ruiseñor empezó a cantar.

Sara, que para mayor seguridad de su linda persona cabalgaba a horcajadas, iba como ajena a sí misma y no advertía el lascivo deleite con que su acompañante tenía clavados en ella los ojos. Para contemplarla mejor, Juan López, so pretexto de detenerse a prender un cigarrillo, la dejó pasar delante, y aho-



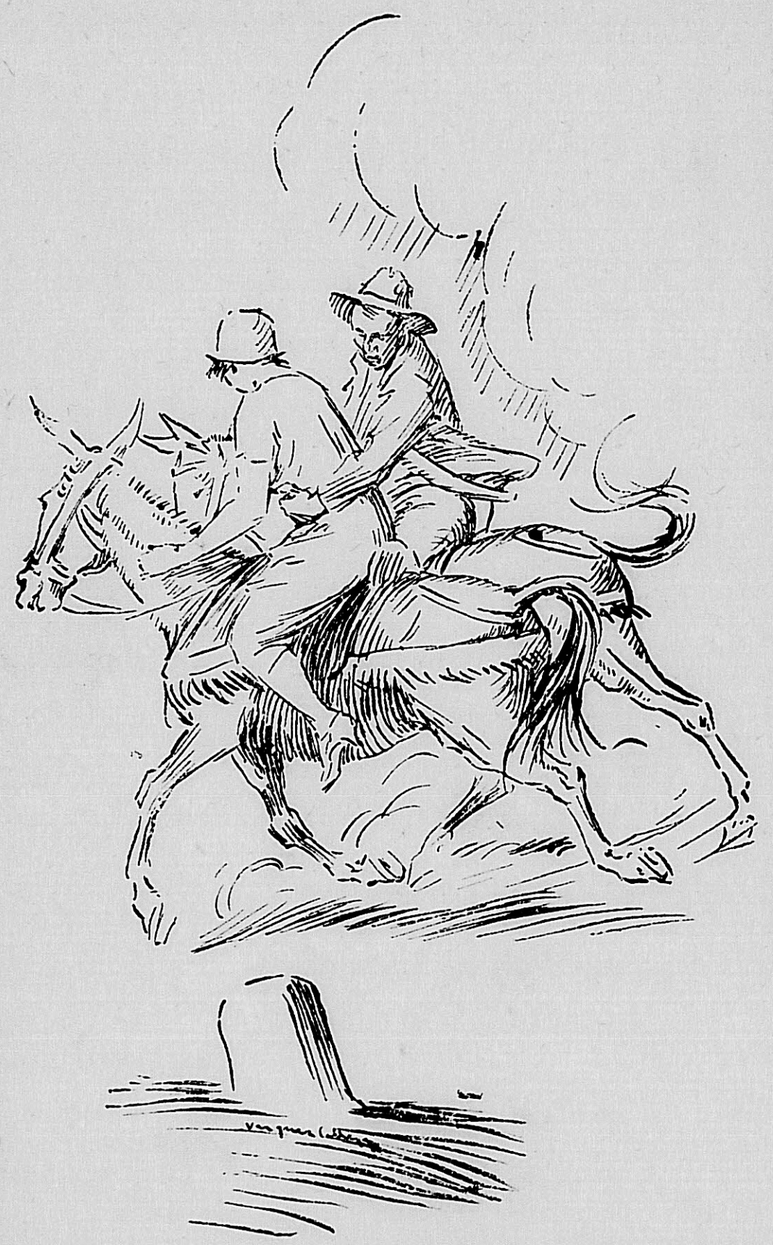
ra la seguía sin hartarse de mirar aquellos contornos de las caderas y del talle que más le estimulaban.

—La haré mía hoy mismo—decíase—. ¿Para qué aguardar a mañana?

Bajo esta obsesión que el silencio y la obscuridad parecían fortalecer, caminó largo rato, callado, un poco pálido y con una arruga de siniestro agüero entre las cejas. Acababan de doblar un ribazo cuando inesperadamente el mesonero, como para ahuyentar la idea que, al par que le secaba la boca, iba nublándole el espíritu, exclamó con voz fuerte:

—¡Allí tiene usted Vado-Hondo!...

Al término de la pendiente, y a poco más de un kilómetro, blanqueaba una casa que la joven declaró muy bonita, y apenas la vieron cuando las caballerías que montaban emprendieron un jubiloso trotecillo. Sara empezó a gritar, temerosa de apearse desairadamente por la cola. Juan López, que jineteaba muy bien, se emparejó con ella y, ladeando el cuer-



po un poco, la rodeó un brazo por la cintura, con tal brío que casi la sacó de la silla.

—¡Usted no se cae mientras yo esté aquí!...

La agitación que le enronquecía la voz le apretaba las mandíbulas, y por entre sus dientes crispados las palabras salían sibilantes, desflecadas, rotas...

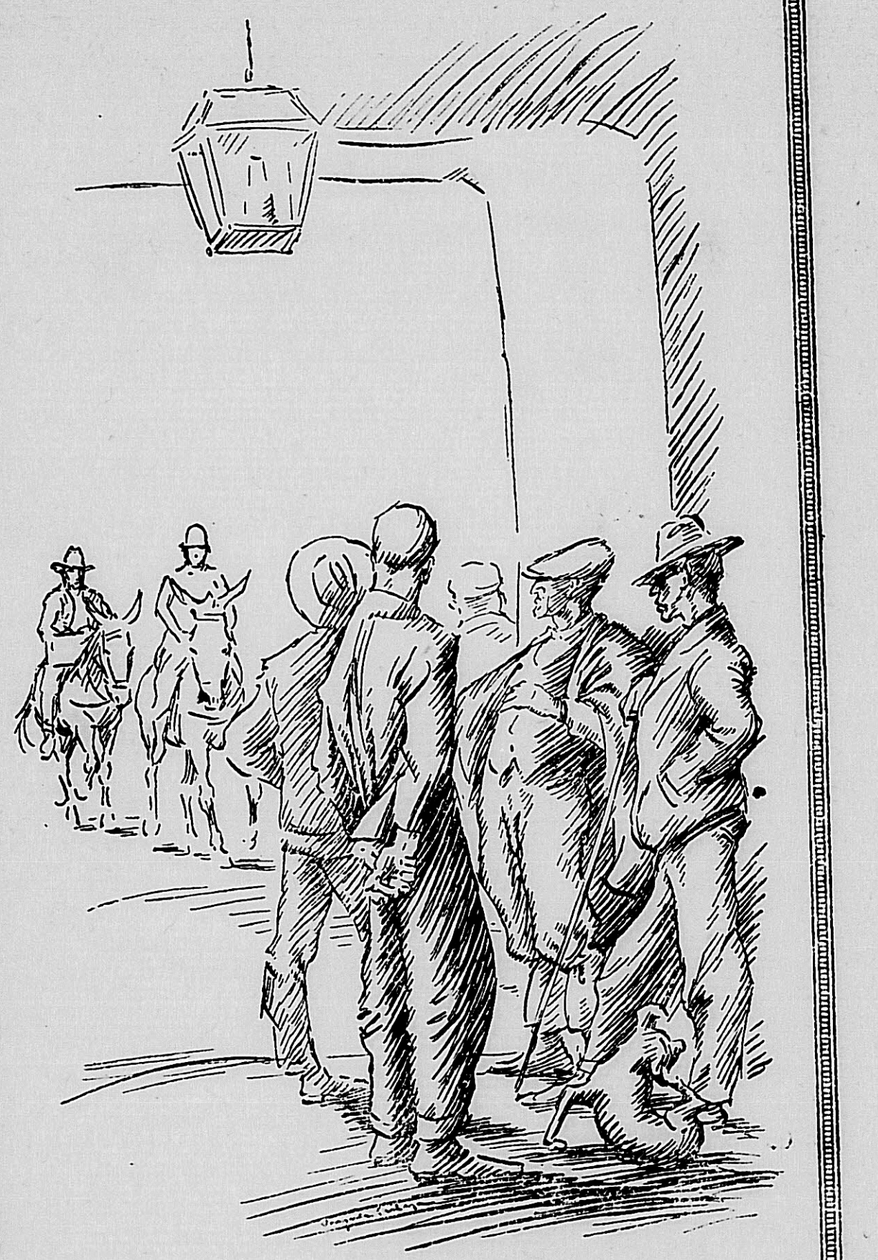
Y añadió, impaciente:

—Esta noche, ¿verdad?...

Levantó ella la cabeza para mirarle, sonriendo, sin consentir ni negar, y, ya aplomada sobre su asiento, tomó la delantera otra vez. Así llegaron al mesón, ante el cual y en grupos había quince o veinte labriegos, que parecían esperarles, y en cuyos semblantes atezados y mal afeitados los ojos tenían una ferocidad canibalesca.

—Buenas tardes, Juan—murmuraron algunos.

Diligente, sin detenerse a hacer uso del estribo, "el Cocío" echó pie a tierra y ayudó a descabalgar a Sarita, a quien condujo al comedor, en donde, separadas, cenaban dos



personas, a la más joven de las cuales el mesonero saludó, desde lejos, con un "¡Hola, Bartolo!"..., cuya expresión incierta tanto tenía de despreciativa como de amistosa.

Sara fué a sentarse delante de una mesa y al fondo del salón, junto a la puerta que lo relacionaba con las cocinas.

—¿Quiere usted cenar?—la interrogó Juan López.

Ella, ignorante siempre de cuanto pensaba y deseaba, alzóse de hombros y volvió a sonreír. El posadero aprovechóse de esta indecisión para aconsejarla:

—Sí; cene usted, pues vendrá usted cansada. Entre tanto daré órdenes para que en el piso de arriba la preparen una habitación. Yo no la acompaño a comer—agregó galante—porque esta noche la curiosidad natural de conocerla a usted ha de traer aquí mucha gente.

Mansamente Sarita Durán desdobló su servilleta, sirvióse un vaso de vino y esperó. Aunque incoherente de atención y de volun-

tad, poco a poco iba dándose cuenta del aspecto modesto, pero limpio, del salón, con su solado de ladrillo, sus paredes encaladas y su techo cruzado por numerosas vigas pintadas de negro y separadas por bovedillas. También reparó en los dos muchachos, ambos descalzos, que servían de criados; y en Obdulia, la cocinera, que so capa de traerla el primer plato, vino a saludarla, y a quien, no obstante la gordura excesiva de sus cincuenta años, la joven malició que Juan López, apremiado por su eremítica soledad, dedicaba algunas noches...

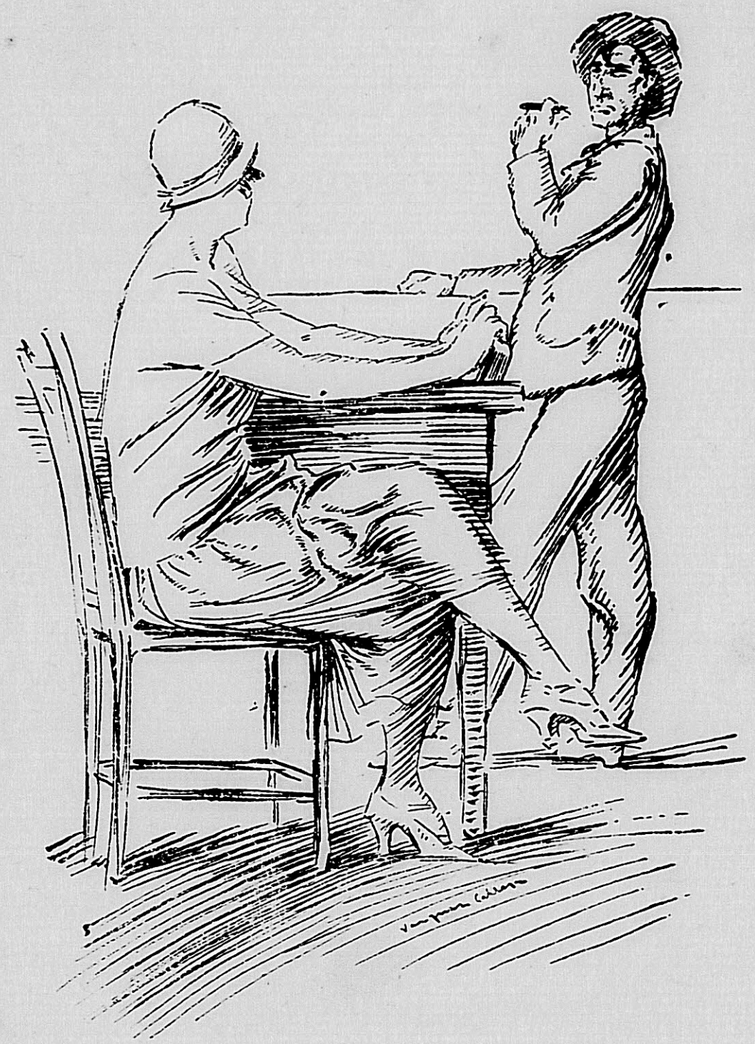
Luego, maquinalmente, su pensamiento desviábase hacia aquel individuo que el mesonero saludó al llegar y que, indiscreto, no cesaba de mirarla, el cuerpo erguido, la cabeza bien alta, en la actitud del gallo que va a cantar. Era un mozo delgado, pero de hombros abiertos y robustos, en cuyo rostro rasurado de indio relampagueaban dos ojos azabachados y enormes, sombreados dramáticamente por un negrísimo mechón de ca-

bellos. Cual sugestionada Sara Durán le observó largo rato; después, reconociendo su imprudencia, procuró distraerse y orientó hacia otra parte el gracioso semblante; pero, de continuo, inconscientemente, sus miradas volvían a él...

Había empezado a tomar su café cuando Bartolo, el sombrero de amplias alas echado sobre el cogote, la mano derecha dentro de la faja, y la izquierda, que sostenía un cigarro puro a la altura de los labios, cruzó el salón con un caminar lento, jactancioso y flexible de perdonavidas, y se acercó a Sarita.

—¿Usted me permite invitarla a una copa de licor, joven?...

Ella, irreflexivamente, se levantó asustada. Tenía miedo... Un miedo absurdo a que aquel desconocido la asesinase; recordó sus joyas. Entre todos los ojos de hombres que la apetecieron y que ella vió convulsionarse de deleite junto a su rostro, no recordaba otros más grandes ni más imperativos, ni tampoco más plenos de aborrascada lujuria. Era aquel



individuo, sin duda, de esos machos sanguinarios, prepotentes y sádicos, entre cuyos brazos todas las mujeres, aun las expertas, tiemblan un poco la primera vez, como si fueran vírgenes.

—Muchas gracias, caballero...—balbuceó.

—¿Por qué... "muchas gracias"?...—repitió él ceceando.

La tomó por un brazo, y al atraerla hacia sí ella pensó que oía latir su corazón.

—Estoy cansada—pudo decir—; mañana... El viaje me ha fatigado mucho, pero mañana ya estaré bien... ¿Sí?... Buenas noches...

El no contestó y la dejó ir, mientras daba en su tabaco chupadas furiosas. La voz enmelada de la artista, su humildad, su dulzura implorante, le habían inmovilizado. Jamás ninguna mujer supo hablarle ni mirarle con tal sumisión, y el terrible encanto embaucador de la hembra, que a su mismo enemigo sabe pedir auxilio, con cuyo ardid le rinde y pone de su parte, le paralizó. Otra vez Onfale

jugaba con Hércules. La Durán, entre tanto, corría desalentada escaleras arriba, descubría su habitación y se encerraba en ella.

En el zaguán, donde Juan López tenía establecido, sobre ruedas, un mostrador—especie de cantina ambulante para los bebedores—Bartolo saludó al arriero Luis Mena y a varios mineros y segadores, amigos de entrambos, a quienes "el Cocío" informaba del festival que para la noche siguiente tenía meditado.

—Pero os advierto—decía el taimado mesonero—, y agradeceré lo hagáis saber así a todo el mundo, que lo que aquí se coma y se beba mañana no dará derecho a presenciar el espectáculo, según otras veces ha ocurrido, porque el traer a la Durán me ha ocasionado muchos gastos. Mañana este zaguán quedará cerrado; la entrada será por la puerta del corralón, y costará un real, y dos reales el sentarse a las mesas que colocaré delante del escenario. Hablo clarito porque así luego se

evitan trifulcas. ¡Cuanto más francos, mejores amigos!...

Volvióse hacia el muchacho que asistía la cantina, exclamando:

—¡Eh, tú, niño!... ¡Danos de beber!...

Y continuó:

—La función empezará a las nueve en punto, con una película cómica corta. Luego proyectaré otra película dramática, de mucho enredo, y después trabajará la Durán.

—De músicos, ¿a quiénes tendremos?—indagó una voz.

—A Pedro y a Isidro, los de siempre.

Vagamente encelados, los circunstantes querían saber si la artista era tan guapa, efectivamente, como ya se decía.

—¡Muy guapa!—proclamó Bartolo—; acabo de platicar con ella, y os lo aseguro. ¡Buenos ojos!... ¡Buen pecho!... Y, sobre todo, tiene una simpatía... ¡Yo no he conocido otra mujer igual!... ¡Para volverse loco por ella!...

Y mientras así hablaba, al solo calor del recuerdo, demudósele el rostro.

Luis Mena quiso saber si la Durán se quitaría la camisa para bailar "la rumba". A él le habían asegurado que esto dependía de que el público lo pidiese...

—Por mí—interrumpió desabridamente "el Cocío"—, puede quitarse hasta la piel. ¡Vosotros allá!...

A las once, luego que todos se marcharon, Juan López cerró las puertas, echó un vistazo a la lámpara de petróleo que toda la noche ardía en el zaguán para con su reflejo decir a los caminantes que podían llamar, y acelerado y de puntillas encaminóse al dormitorio de la artista. Al cerciorarse de que la puerta estaba cerrada con llave, comenzó a golpear en ella delicadamente. Sara, que no dormía, se solivió en el lecho.

—¡Es él!...—musitó.

Y al decir "Es él...", la figura de Juan López y la del hombre con quien había hablado en el comedor, cruzaban alternativa-

mente por su espíritu. Oyó la voz susurrante de unos labios que la llamaban por el agujerillo de la cerradura:

—Sara... Sarita...

Esto agravó el pánico de la solicitada, que dióse a temblar, con cuya nerviosa agitación uno de los boliches del lecho comenzó a vibrar. Para acallarlo la Durán apoyó una mano en él.

El silencio y obscuridad de la habitación impresionaron mal a Juan López.

"¡Esta es muy capaz—pensó—de haberse tomado una ración de éter!..."

Y volvió a llamar, esta vez más fuerte:

—¡Sara!... ¡Sara!...

Transcurrió otro minuto. La joven sentíase morir. López, agarrado al picaporte, estremecía los batientes; la puerta se quejaba.

—Va a romperla—balbuceó la Durán.

Temerosa de irritar a Juan López, a quien acababa de reconocer por la voz, iba a abrir para de una vez entregarse y descansar así



del acoso, cuando oyó que el despechado mesonero se alejaba rezongando:

—¡La tía se ha emborrachado!... ¡Si llego a saberlo!...

Ella suspiró, los ojos mojados en llanto, vueltos hacia arriba:

—¡Gracias, Virgen mía, que me has salvado!...

De hinojos sobre el lecho, las manos cruzadas, tiritando aún de pavura dentro de su camisita de "cocota", la pequeña y rolliza Sarita Durán recitó una oración.

III

La mañana del siguiente día la joven mantúvose encerrada en su habitación y calladita, para que la creyesen dormida, y no descendió al comedor hasta la hora de almorzar. Mientras comía, nadie fué a importunarla, y el mismo Juan López, atrafagado en montar el escenario, la saludó fríamente y de prisa. Terminada su colación, Sarita Durán se restituyó a su aposento, prendió un cigarrillo y se echó en la cama. Transcurridos unos minutos se levantó a cerrar, con llave, la puerta, y volvió a acostarse.

Estaba triste, deprimida por una melancolía que no sabía a qué razón concreta atribuir, pero de cuya realidad y hondura la era im-

posible dudar. Luego esta postración mudóse en cobardía.

"¡Qué aislada estoy!—comenzó a decirse—; ¿cómo he podido aventurarme a venir hasta aquí?..."

Calculó el prolongado y enojoso camino que necesitaba recorrer para llegar al villorrio de Puebla-Grande, y el no menos ingrato que separaba a éste de la capital. Tales consideraciones redoblaron su zozobra. Hallábase presa y cual caída en una trampa, a merced de un enemigo desconocido. Después de seis o siete años de vida farandúlica, la joven experimentaba nuevamente la emoción de comparecer ante el público; un público "de hombres"... Porque era el "miedo al hombre" lo que Sarita Durán padecía, no obstante los numerosos motivos que su experiencia hubiera podido invocar para no sentirlo. Inútilmente procuró serenarse; en su alma incoherente las ideas se dispersaban. Dentro de ella no había nada aplomado y fijo, nada constante, a no ser el propósito de acceder a

cuanto la pidiesen, que, al cabo, esta inclinación a rendirse constituye la única voluntad de los que no tienen voluntad, y su recelo se exasperó al extremo de arrepentirse de no haber recibido la víspera, en su cuarto, a Juan López.

"Porque ahora — decíase — tendría quien me defendiese de los demás..."

Para distraerse púsose a repasar y a desarrugar, extendiéndolo sobre la cama, el traje que aquella noche había de vestirse, y a última hora de la tarde, no pudiendo aguantar más tiempo la soledad de su dormitorio, marchóse a curiosear lo que sucedía en el mesón. En realidad, iba buscando a Juan López, a quien descubrió en el corral acabando de arreglar lo que él denominaba irónicamente la "sala de espectáculos".

El tablado, alto de cinco palmos y cubierto, para mayor decoro, por una alfombra, hallábase adosado a la fachada posterior de la casa, debajo precisamente de la ventana desde donde se proyectaban las películas, y

un largo trozo de percalina roja, clavado en el muro, le servía de telón de foro. El alumbrado reducíase a dos lámparas de carburo, dispuestas convenientemente a derecha e izquierda del minúsculo escenario, y a otra colocada en el término opuesto del corralón, sobre la puerta. Delante del tablado había una doble hilera de mesitas de pino, rodeadas de taburetes, que constituían la entrada "de preferencia", y colgado de dos horcones en el comedio del patio, el gran lienzo blanco donde las visiones cinematográficas habían de reflejarse.

Juan López trabajaba en mangas de camisa y con el sombrero puesto, según costumbre de la gente campesina; silbaba una canción y parecía contento, y a intervalos volvíase hacia su huéspeda y cambiaba con ella una sonrisa.

"No parece mal hombre"—discurría la Durán, en su deseo de tener un aliado.

Después vinieron los músicos, Isidro y

Pedro, con quienes la joven ensayó ligeramente algunos *cuplés*.

La tarde, cálida y azul, anunciaba una plácida noche, estrellada y sin viento, lo que Sara consideró un buen presagio.

Ya anochecía cuando comenzaron a llegar al mesón grupos de mozalbetes, impacientes por conocer a la cupletista. La curiosidad y también la alegría del jornal recién cobrado, les bailaba en los ojos bisoños. Al franquear el zaguán, y como para justificar su presencia allí, acercábanse a la cantina a echar un trago, y disimuladamente luego se escurrían, contorneando la casa, hasta el corral. Allí, a una distancia que les evitaba, a su juicio, la molestia de saludar, se detenían, apoyándose los unos en los otros, cuchicheando y sonriendo con aire pícaro y contemplando a Sara; y, según la observaban, el deseo iba prendiendo en ellos, y eran las suyas miradas felinas, salaces, que la deseada creía sentir a través de sus ropas, ruborizán-

dola de pies a cabeza, cual si todo su cuerpo fuese una mejilla.

Este descarado espionaje molestó a Juan López, en quien la sangre se calentaba fácilmente. Dejó la mesa que estaba clavando y adelantó hacia los intrusos algunos pasos.

—¿Qué, os gusta?—exclamó combativo.

Erguido y seco, al aire los brazos nervudos y con un martillo en la mano, parecía retarles. Los interpelados no contestaron, y algunos hicieron ademán de irse.

—Sobre todo—añadió "el Cocío"—, las cosas buenas se pagan. El que quiera ver, que venga esta noche y pague su entrada. ¡Un real cuesta!... ¡No es para arruinarse!... Conque... ¡largo de aquí!...

Ellos se retiraron mascullando amenazas y volviendo la cabeza, pero sin protestar. Entonces Sarita se acercó al mesonero.

—Tengo miedo, don Juan...

Su acento acariciador, de una inefable melosidad, removió las entrañas del hombre, y de nuevo aquel terrible apetito sexual que le

atormentara la víspera, en el campo, mientras cabalgaba junto a ella, volvió a embriagarle.

—¿Miedo a qué?...—inquirió.

—A esta gente... Es gente mala... ¿Usted no ha visto cómo miran?...

Un relámpago de odio, de ferocidad ancestral, contrajo la cara aceitunada del antiguo piconero.

—Bueno—murmuró—que miren. Les dejo mirarte; los ojos son libres; pero a quien se atreva a tocarte, le echo fuera las tripas.

Durante un segundo todo lo vió rojo; olvidóse de su casa, del lugar en que estaba; olvidóse de quién era. Fué ese horroroso momento en que los hombres cambian su libertad—a veces su vida—por el deleite de dar una puñalada. Acercóse después a la moza, y atarazándola un brazo como para convencerse de que lo que así se disponía a defender era ya suyo, preguntó:

—¿Me esperarás esta noche, después de la función?...

Ella repuso afirmativamente mientras en-

cogía el cuerpo esquivando la presión de aquellos dedos que, al soltarla, dejaron en la nieve de su carne cinco huellas violáceas.

—¿No te arrepentirás?—averiguaba él.

—No, no me arrepiento; le espero.

—¿De verdad?

—De verdad; se lo juro.

—Y yo te juro—replicó Juan López—que si me engañas no sales de aquí.

Bajo esta amenaza de muerte, que envolvía para ella más que un peligro una protección, la joven fuése al comedor, donde cenó ligeramente, y en seguida a su cuarto.

Minutos antes de las nueve, un rumor impreciso de conversaciones y de pasos la atrajo a la ventana, abierta sobre el frontis del mesón. Ya había cambiado su traje de calle por el de escena, y, para no alborotar la curiosidad de los mirones, antes de asomarse apagó la luz. Por diversos lados, en grupos de quince y de veinte personas, la muchedumbre iba acudiendo al espectáculo. Todos eran hombres, y los más viejos no pasarían de los



cincuenta años. Cada cual, con su traza, decía su profesión y su origen. A los aragoneses y murcianos se les conocía por el pañuelo que les rodeaba la cabeza, y a los castellanos, sarmentosos y de color de tierra, por el calzón corto y la rudeza de sus chaquetas de paño pardo. Los segadores, oriundos de la llanada, estaban tostados por el sol y tenían el andar oscilante que aprendieron en su oficio; y los mineros, norteños casi todos, eran de movimientos lentos y aspecto forzudo. Unos llevaban alpargatas, otros, zapatones de gruesa suela, y muchos iban descalzos y con el pantalón recogido a la altura de las corvas. Todos se parecían, sin embargo, y eran la suciedad de sus ropas, el aspecto selvático de sus pelambreras, sus voces rudas y más aún el primitivismo montaraz de sus costumbres y dicharachos, lo que ponía en ellos un aire de familia.

A espaldas del mesón resonaba el estrépito turbativo de la plebe que iba invadiendo el corral; indudablemente el espectáculo había

empezado ya, y, no obstante, el flujo humano continuaba. A intervalos, en la lejanía obscura, vibraban guitarras tañidas por manos andaluzas y algazara de canciones que iban acercándose. También a través del bosque relucían las antorchas con que algunos rezagados se alumbraban para poder caminar más de prisa. Y era la presencia de Sara, el terrible imán de la hembra, bella y fácil quizá, lo que así removía el valle y lo poblaba de tonadillas y de luces.

Oyó Sarita Durán que abrían la puerta del cuarto, y al volverse advirtió la sombra graciosa de su cabeza, recortada limpiamente por la luna sobre la pared.

Era la cocinera quien llamaba.

—Dice el amo—exclamó—que la segunda película está acabando, y que ya puede usted bajar.

La joven se sintió palidecer.

—¿Hay mucha gente?

—Muchísima. No cabe una estaca. En mi vida he visto gentío igual.

—¿Dónde está el amo?

—En su cuarto, dándole a la máquina, porque él no se fía, para esto, de los camareros.

—¿Y los músicos?

—Fuera, en el patio, esperándola a usted.

Mientras las dos mujeres bajaban la escalera, Sarita Durán comenzó a santiguarse.

—¿Tiene usted miedo, señorita?—preguntó la sirvienta.

Sara movió la cabeza afirmativamente. Estaba yerta. Nunca había tenido los ojos tan grandes.

—¿Cree usted que me harán algo?—pudo decir.

—¿Algo cómo... qué?...

—Que quisieran...

La cocinera comprendió.

—No, señora.

—¿De veras?...

—¡No pase cuidado!—exclamó Obdulia, a quien la tribulación de la cuitada aventurera acababa de dictar una simpatía—; entre esos



tíos los hay muy malos..., muy malos y muy brutos...; más de uno conozco que está haciendo falta en presidio. Pero tranquilícese, porque el amo se hace respetar.

Las dos mujeres atravesaron el comedor y llegaron al portón trasero del zaguán, que permanecía entreabierto. Tras él resonaba la confusión tumultuosa del público impaciente: gritos, carcajadas brutales, blasfemias, silbidos; muchos circunstantes, no satisfechos con estas manifestaciones habituales de su animalidad, relinchaban, rebuznaban, mugían o imitaban el clarinear del gallo, y todos, indistintamente, vociferaban, renegaban o aplaudían, presas de nerviosa irritación.

—¡Maestro—le gritaban algunos al mesonero—, que perdemos la noche!...

Y otros:

—¡Que nos devuelvan los cuartos!...

Sara Durán, a quien la cocinera empujaba hacia adelante, volvió a signarse, y ladeando el cuerpo deslizóse por entre los batientes entornados. Luego encaramóse en una silla y,

flexible y ágil, de un salto se plantó en el tablado. Sorprendida la multitud, calló unos instantes para luego prorrumpir en un discorde galimatías de gritos y de aplausos. Al principio, sin darse cuenta, los espectadores habían retrocedido, pero en seguida avanzaron, oprimiéndose unos contra otros, con una especie de sed. La figura menudita y pinturera de la artista, sus senos enhiestos, casi desnudos, sus caderas movedizas y redondas, su talle sin corsé, sus piernas bien torneadas, la picardía vencedora del semblante y, más aún, el tenebroso esplendor de sus grandes ojos sensuales, conquistó por ensalmo a la turba.

Sarita Durán, a quien Isidro con su guitarra, y Pedro con su laúd acompañaban, empezó a cantar, la voz velada ligeramente por la emoción. En vano batallaba consigo misma para apaciguarse: el cuadro, demasiado poderoso, que tenía delante la empavorecía, la dominaba. Las lámparas, que envolvían el escenario en un generoso torrente de

claridad, iluminaban también las toscas fisonomías de los espectadores. Todas sus caras se parecían y repetían, con exactitud alucinante, la misma expresión: todos alargaban hacia ella el cuello musculoso y tenían la boca entreabierta, el rostro atezado, y bajo la frente estrecha, avillanada por la maraña de los cabellos, iguales ojos, inmóviles, ansiosos y bestiales.

Más allá de las mesas dispuestas a modo de trinchera ante el tablado, y en las que el vino corría abundantemente, la plebe irritable se estrujaba y, poco a poco, su mismo apiñamiento la enardecía. Sara, por momentos menos dueña de sí, contemplaba aquel enjambre de cuerpos andrajosos, de cabezas instintivas, de brazos fuertes, avezados al manejo de la piqueta y de la hoz, y el miedo a un peligro que por momentos presentía más cercano, iba estrangulándola semejante a un nudo corredizo.

Efectivamente, su corazón no la engañaba: un drama de barbarie, una tempestad de

lujuria y de sangre se cernía sobre la muchedumbre. Hasta que la primera chispa del incendió brotó. Alguien dijo:

—¡Que baile!...

A esta orden, otras voces estentóreas se unieron, pidiendo lo mismo:

—¡Sí, que baile!... ¡No queremos canciones!...

Rápidamente el coro de protestantes engrosó. Aquí y allá, en la vastedad mal alumbrada del corralón, y también sobre los bordales, coronados de gente, resonaban los gritos tumultuarios de:

—¡Abajo!... ¡¡Fuera!!...

Y silbidos ensordecedores, de esos que los pastores emplean para dirigir al rebaño.

Sarita sonrió, en señal de placentero asentimiento; dijo algunas palabras a los músicos, explicándoles lo que debían hacer, y engallándose hasta obtener su máxima estatura, y levantando los tornátiles brazos, comenzó a danzar armoniosamente. Primero bailó *la farruca;* luego, *sevillanas;* después,

un *garrotín;* y su éxito aumentaba conforme sus contoneos y osadas mudanzas eran mayores. A los pocos momentos tenía los cabellos alborotados deliciosamente, y las mejillas encendidas y bañadas en sudor. Temblábanle los senos, plenos de lozana mocedad, las caderas titubeadoras movíanse como enceladas, las ágiles piernas pirueteaban antes descubiertas que tapadas bajo el liviano faldellín de raso y lentejuelas, y todo su cuerpo, en fin, carnoso y mimbreño, curvábase a uno y otro lado en una rauda, inacabable y ardiente convulsión de hoguera. Para mejor atisbarla los ocupantes de las mesas y los espectadores de las primeras filas, se agachaban a cada vez que ella levantaba un pie, y este anhelo de ver lo más oculto, pronto invadió la colectividad. El deseo de la hembra sopló, como un viento de fronda, sobre la multitud, que por dos veces osciló con un vaivén de ola. Los cráneos intonsos se acaloraban, y sordamente la machada comenzó a gruñir. Imágenes voluptuosas la asaeteaban



y disponían a la lucha, pues nada como la castidad para acuciar los instintos agresivos del hombre. Los espectadores se miraban entre sí, ya sin reír; muchas caras habían palidecido, y las manos se crispaban hostiles sobre los cayados.

Una voz pidió:

—¡La *rumba!*...

Y, en el acto, el corralón entero repitió impetuosamente el mismo grito:

—¡La *rumba!*... ¡¡La *rumba!!*...

Sarita Durán hizo ademán de hablar; extendió un brazo:

—Señores: yo les agradecería me dejasen descansar unos instantes...

A estas palabras sucedió un silencio; la turba, tan pronta a la rebeldía como a la obediencia, parecía resignarse. Desgraciadamente, uno de los individuos que ocupaban las mesas y estaba borracho, subióse en una silla y dirigiéndose al público, cual si le arengase:

—Yo creo—exclamó, el hablar lento y

pastoso—que la artista, mientras descansa, podía quitarse la camisa.

Tuvo un éxito. Instantáneamente centenares de voces gritaron:

—¡Sí!... ¡Sí!... ¡Que se desnude!...

Sara intentó hablar, pero el motín acababa de estallar, y nadie la oía. Los gritos, unos roncos, otros agudos, se mezclaban en un imponente trueno de rabia. Sobre las cabezas vociferadoras, los brazos se agitaban desatentados.

—¡Y si ella no se desnuda—gritó alguien—, la desnudaremos nosotros!...

Enardecidos por esta conminación, los que se hallaban más inmediatos al escenario descargaban sobre éste puñetazos furibundos.

—¡Desnúdate—ordenaban apretando los dientes—, ponte encueros... para que te veamos!...

Aterrada, la Durán había retrocedido hasta la pared, contra la cual se apoyó. A la luz del carburo, su cuerpo blanco y su cara palidísima, resurgían fantasmales sobre el fo-

rillo bermejo. Oyó que desde arriba la llamaban, y levantó la cabeza. Era Juan López.

—Compláceles — aconsejaba el mesonero—; si no les complaces, será peor; quédate en camisa...

Estas palabras de la única persona que podía defenderla, acabaron de derrumbar su débil voluntad, y abúlica, casi inerte, comenzó a desnudarse. Con un fácil movimiento de hombros su vestido se desplomó a lo largo del cuerpo, y, al caer, sus joyantes colorines se borraron y pareció una mariposa muerta sobre la alfombra. Después fueron los pantaloncitos, de seda rosa, los que resbalaron sobre la nieve de los muslos. Hecho lo cual, se cubrió el rostro con un brazo y rompió a llorar. Una zalagarda espantosa, tableteante, resonó entonces:

—¡Fuera!... ¡¡Fuera la camisa!!... ¡La necesitamos en cueros!...

Los mirones se sentían chasqueados, estafados...

Sin embargo, la mayoría, ebria de luju-



ria, ya no se satisfacía con ver: necesitaba sobajear a la mujer, estrujarla, destrozarla...; pasar sobre ella como por un camino. Hasta los más mansos se decían: "¡Si la cogiese yo!..." Y con el torpe deseo les fulgían los ojos. La muchedumbre vibraba; como en un oleaje la fiera de incontables cabezas replegóse, avanzó; dos o tres hombres, impetuosamente, asaltaron el escenario y, en un segundo, la camisa de la danzarina quedó reducida a jirones. Entonces Sarita Durán reaccionó; el instinto de conservación la infundió ánimos y, con un brinco temerario, precipitóse fuera del tablado. Seguidamente, casi a rastras, las manos y las rodillas ensangrentadas, penetró en el mesón y cerró la puerta; a la vez que un griterío horrísono, un ensordecedor alarido de guerra, estremecía el corral.

IV

Detrás del portón, que era grueso y de encina, se hallaban Juan López, Obdulia y uno de los camareros. Los tres parecían atemorizados. Transida de terror, la fugitiva abrazó al posadero.

—¡Sálveme usted, don Juan!... ¡Defiéndame de esos bárbaros!...

Pero ni sus grandes ojos, mejorados por el llanto, ni su carne herida, ni su camisita hecha pedazos, parecieron efervorizar el acobardado humor de Juan López.

—¿Salvarte?...—dijo—. ¿Cómo?... Si ellos se tranquilizasen, todo iría bien; de lo contrario...

Y apartándola suavemente de sí:

—¡Maldita sea hasta la hora en que te traje!...

Obdulia participaba de la opinión de su amo. Ambos querían desentenderse del peligro que les rondaba y hacer a su huéspeda responsable única de lo ocurrido. En el patio se oía gritar:

—¡Juan!... ¡Juan!... ¡Abre la puerta!...

—Usted—exclamó Obdulia airadamente—debió hacer lo que la pedían, sin dar tiempo a que el público se incomodase.

El mesonero corroboró furioso:

—¡Bien se lo advertí!...

—¡Usted no ha podido hacer más!

—¡Claro!...

La cocinera añadió, mirando a Sara con odio, como si viese en ella a una rival:

—¡Vaya, con la señora!... Que después de tanto correrla por ahí tiene miedo a los hombres...

La acusada sollozó:

—¡Pero si empecé a desnudarme!... Es que no me dieron tiempo...

Fuera el escándalo continuaba, por instantes más amenazador. La idea descabellada de que Juan López estuviese en aquellos momentos manoseando a la cupletista, había prendido en la turba y exasperaba su irritación. Una pedrada dura—cantazo de pastor—estremeció la puerta.

—Ya empiezan a tirar—masculló el mesonero—; lo que yo temía. ¡Van a destrozarme la finca!

—¿No hay en Vado-Hondo Guardia Civil?—preguntó la Durán.

El camarero terció en el diálogo:

—No, señora. En Puebla-Grande, sí; hay ocho números. Si usted quiere, puedo ir a avisarles.

En aquel mancebo, que apenas tendría diez y siete años, Sara Durán presintió un aliado. Su adhesión la leyó en su voz trémula, en sus ojos ingenuos y brillantes...

—¡Sí, hijo mío!—exclamó—. ¡Tú puedes salvarme!... ¡Corre!...

Contra la puerta chocaron fragorosas otras dos piedras.

—Coge un caballo—murmuró angustiado "el Cocío".

—Si voy a caballo—repuso el mozo—, los alborotadores pueden verme, conocer mi intención y hacerme pasar un mal rato. Mejor voy a pie, por el atajo...

Hablando así, ajustóse la faja y echó a correr hacia el lado opuesto del mesón.

—Con esto—rezongó Obdulia—no adelantaremos nada. Antes de que vengan los guardias, la casa puede haber ardido.

El motín, entre tanto, arreciaba; la multitud palpitaba como una jauría; multiplicábanse las pedradas, los cristales de las ventanas saltaban en añicos, y envalentonados los revoltosos lanzáronse a apalear la puerta. Algunos tagarotes apoyaron en ella las hercúleas espaldas, y los goznes, aunque fuertes, gimieron. Lejos, al fondo del corralón, sonó un tiro, probablemente disparado al aire. Sarita Durán dejó escapar un chilli-

do y corrió hacia la escalera. Juan López la sujetó de un brazo.

—¿Adónde vas?...

Enloquecida por el terror, no contestó; sus ojos divagaban. Al cabo, balbuceó:

—Iba a vestirme.

—Tú no te mueves de aquí—replicó el mesonero.

—¿Por qué?...

—Porque puedes hacerme falta.

Su cara se nubló y tornóse siniestra. Sara estalló en sollozos; sentíase completamente desamparada por el único hombre que, en trance tan extremo, hubiese debido socorrerla. Estaba sola y sin un arma con que, en caso necesario, poner término rápido a su agonía. Hallábase al borde de un abismo; su situación era la de aquellos esclavos que los Césares de la decadencia, al final de sus orgías, precipitaban en el estanque de los cocodrilos. Ella era el lastre que el aeronauta arroja de la barquilla para retardar la caída del globo; el trozo de carne—a veces el cria-

do o el niño—que en las estepas rusas los viajeros, perseguidos por los lobos, entregaban a éstos mientras el trineo escapa. Obdulia, musculosa, altona y carinegra, dardeaba sobre ella sus ojos hostiles: con regocijo sádico contemplaba su vientre y más aún el seno, que es, de todas las perfecciones femeninas, aquella que los hombres, en el vértigo sexual, prefieren morder. Al fin la miserable echó fuera el sucio pensamiento.

—Usted, amo, es demasiado bueno. ¿Qué quiere la gente?... ¿Verla?... Pues, que la vean. Hágala usted salir.

La Durán prorrumpió en lamentos, y cayó de rodillas ante los dos cobardes que podían decidir de su vida.

—¡No... no!... ¡Eso no!...—gemía, arañándose el rostro—. ¡Mátenme primero!

"El Cocío" vacilaba, contenido por una leve sombra de dignidad. Visto lo cual la siniestra mujerona añadió:

—Después de todo..., ¿qué va a sucederla

que ya, muchas veces, no la haya sucedido?... ¡Nada!...

En momento tan crítico una voz recia deslizó por la cerradura estas palabras conminatorias:

—Juan..., Juan..., ¿oyes?... Si no entregas a esa mujer pegamos fuego al mesón.

La amenaza surtió su efecto. Decidido el posadero acercóse a la joven y, forcejeando con ella, obligóla a levantarse.

—Tienes que salir—ordenó.

Ella, mientras suplicaba, resistía.

—¡No, por piedad!... ¡No..., no!...

La sirvienta barbotó:

—¡Mala pécora!... ¿Vas a perdernos a todos?...

Y de un puntapié la derribó en el suelo. Luego, asiéndola del pelo con ambas manos, la levantó. Juan López la había cogido de los brazos para quitarla toda defensa, y así, entre ambos, la arrastraron hacia el suplicio.

—¡Fuera, fuera!—murmuraba Obdulia—.



¡Allá ellos!... Nosotros nos lavamos las manos...

Desmazalada, extinta, la víctima balbucía aún:

—Por Dios..., por amor de Dios..., ¡van a matarme!...

Pero en sus verdugos estas palabras no hacían mella. El egoísmo les tapaba los oídos. De todas las frases históricas, la de Herodes es la que la Humanidad comprende mejor: ¡es tan cómodo "lavarse las manos!..."

Al abrir la puerta, que las pedradas seguían maltratando, dos hombres—Bartolo y Luis Mena—se precipitaron en el local, y apenas entraron cuando volvieron a cerrar, atajando de este modo el avance de cuantos caminaban tras ellos.

Juan López les miró con justificado recelo, pues los recién venidos, empapelados diferentes veces por delitos de sangre, eran los dos matones más ternes de Vado-Hondo. Obdulia había soltado los cabellos de la Du-

rán, y su medroso asombro corría parejas con el del mesonero.

Bartolo fué quien primero habló:

—¿Qué pasa? ¿Que estáis haciendo con esta mujer?

—Bien lo ves—replicó agriamente "El Cocío"—, echarla fuera, ya que el público la pide. ¿Voy a dejarme matar por ella?

—¡Granuja!...—barbotó con asco infinito el baratero.

—¿Granuja?... ¿Por qué?... ¿Hallas bien que sigan apedreándome la casa por culpa suya?

Bartolo le volvió la espalda.

—Usted—dijo encarándose con Sarita—necesitaba un hombre que la defendiese contra esa canalla de ahí fuera, ¿verdad?...

Ella, de cuyos lindos ojos las lágrimas manaban a raudales, hizo un signo afirmativo.

—Y, a lo que parece—continuó el bravo mirando a Juan López con insolencia—, también necesitaba usted que la librasen de este malsín, cobarde...

A través de sus lágrimas Sara Durán apuntó una sonrisa. La esperanza volvía a su corazón y quería ser agradable.

—Pues son dos hombres, no uno, los que tiene usted a su servicio para sacarla de aquí a despecho de todo el pueblo. Conque, vístase en seguida y síganos, que nada malo ha de sucederla.

Estas frases concisas, levantadas y caballerescas, así aturdieron a Juan López como reanimaron a su huéspeda, quien con alada diligencia subió a su cuarto, de donde brevísimos instantes después regresaba vestida y en la mano el maletín de sus joyas. Entonces pudo reparar en sus valedores: alto y elástico el uno, macizo y de estatura mediana el otro. Como Luis Mena, su compañero tenía un cuchillo, de tremendas dimensiones en la mano derecha, y en la izquierda un revólver, ya montado.

—¿Estamos?—preguntó Bartolo.

El arriero repuso, terminando de abotonarse la chaqueta sobre la faja bien ceñida:

—Cuando quieras.

—La agresión no ha de partir de nosotros, pero si alguien te acomete, túmbale.

—Ya lo sé.

—Usted—ordenó Bartolo a la Durán—se colocará entre éste y yo; y si hubiese pelea, no se ocupe de nosotros: váyase.

Los ojos le relucían, y sobre su frente los negrísimos cabellos se le arremolinaban marciales, como un penacho.

Luego, dirigiéndose a Juan López:

—Tú—exclamó—, abre la puerta.

El posadero vacilaba; temía que la muchedumbre irrumpiese en el local.

—¡Abre, te digo!—repitió Bartolo, apuntándole a la cabeza.

Convencido el mesonero obedeció, al mismo tiempo que una piedra de las muchas que, con honda, los alborotadores disparaban, entraba zumbando en el zaguán. Sin titubear Bartolo y Luis Mena avanzaron, y ante ellos la muchedumbre, tan pronta al heroísmo como a la cobardía, retrocedió atónita y callada. A la vez todas las bocas enmudecieron, cual si hubiesen recibido una orden, y el corralón, de extremo a extremo, se llenó de silencio.

Bartolo, que marchaba a vanguardia, iba diciendo:

—¡Paso!... ¡Abran paso!...

Y la muchedumbre, amansada, sobrecogida por el temerario arranque de los dos barateros, se replegaba. Si alguien hubiese gritado: "¡Acabemos con ellos!..." En un instante ambos habrían sido asesinados ferozmente, pues todos aquellos hombres iban armados. Pero el grito rebelde nadie lo dió, y el rebaño abúlico y como castrado, se dejó arrebatar su hembra. De este modo, y defendidos, más que por los revólveres y cuchillos que esgrimían, por la resolución homicida de sus miradas, los sitiados ganaron sin tropiezo la puerta del corral. Allí Luis Mena, que gozaba fama de tirador eminente, se detuvo, y encarándose con cuantos le miraban y parecían querer acercársele:



—¡Cuidado con seguirme!—advirtió—, porque a quien me siga le mato.

Dicho esto fué a reunirse con sus aliados, que aceleraban cuanto podían el andar, y pronto los tres desaparecieron en la obscuridad de los árboles. Marchaban a paso gimnástico; Bartolo guiaba y Sarita Durán le seguía, so faldada hasta las rodillas para mejor correr. Hombres de guerra y de matute, acostumbrados, según las circunstancias les fuesen propicias o adversas, a herir o a escapar, y duchos en conocer desde lejos los mil ruidos del bosque, a cada momento se detenían a escuchar. Comprendían que debían su éxito a la turbación desconcertante que su atrevimiento produjo; habían triunfado por sorpresa, de una manera teatral y fortuita, y temían que el humillado enjambre reaccionase.

Frecuentemente Bartolo preguntaba:

—¿Oyes algo, Luis?

—Nada.

—¿Y ese ruido?

—Lo hace el viento. Cuando sopla del Norte acuérdate de que sopla así...

—Entonces vamos bien.

Uno y otro sabían que, si lograban poner entre ellos y sus probables acosadores siquiera la distancia de un kilómetro, estaban salvados, y que, en último término, serían las armas las que decidiesen del resultado de la aventura. A través de la sombra densa los tres fugitivos marchaban en "fila india" y callados, y sus siluetas, siguiendo los caprichos del camino, alternativamente bajaban o subían fantasmales. Bartolo había desembarazado a la joven de su maletín, y para evitar que la huidora se mojase los pies al vadear el río, Luis Mena la tomó entre sus brazos. Cumpliendo el plan que se habían trazado los dos hombres se encaminaban a Puebla-Grande, y no por el atajo, sino por otro sendero que acaso les apartase algo del buen rumbo, pero en cambio era menos frecuentado y mejor cubierto.

Después de tres cuartos de hora de mar-



cha, los escapados se detuvieron en un claro del bosque a tomar alientos. Era media noche: el viento dormía y en el espacio nítido las estrellas fulgentes, límpidas, inquietas como párpados, tenían una expresión humana y parecían mirar.

Sarita Durán se había sentado entre sus dos salvadores, los cuales, no bien se creyeron a salvo, diéronse a contemplarla y como a querer comérsela con los ojos. La expresión de sus morenos semblantes volvía a ser dura, y a la vez uno y otro, tan desinteresados y comedidos con ella hasta allí, empezaron a tutearla y a palparla las manos.

"De los otros he conseguido escapar—reflexionaba la moza—, pero de éstos no podré librarme."

Luego, con el cuerpo sin fuerzas y la voluntad extenuada, pensó:

"Mejor será dejarles hacer lo que quieran, y así descanso."

En su situación cualesquiera mujer más animosa quizás hubiera imaginado algún ar-



did o recurso para ponerse a salvo; pero a ella no se la ocurría nada, y prefería, como todos los débiles, claudicar y ceder. Verdaderamente, a lo largo de su vida errante no había tenido otra habilidad.

Por su parte Luis Mena y Bartolo comprendían llegado el momento de premiar su heroísmo repartiéndose fraternalmente el botín ganado. Si no lo hacían era por egoísmo. Una vez en presencia de la hembra, ardorosamente apetecida, cada cual quería guardarla para sí; después de haberla arrebatado a la bárbara salacidad de la muchedumbre, les repugnaba la idea de repartírsela. El duelo terrible "por la posesión de la hembra", que Darwin explicó y que había tenido un primer acto en el parador de Juan López, resurgía ante ellos más concreto y terminante, y por lo mismo, más feroz. Las cavilaciones de Bartolo y de su cómplice seguían dos líneas paralelas, absolutamente iguales. Que cuál fuese de entrambos quien primero tomase a la cautiva, era lo de me-

nos; bastaba echarlo a suertes: lanzar al aire una moneda y pedir "cara" o "cruz". Pero ¿y después?... ¿Cómo el ganador, luego de hacerla suya y aun no saciado de ella, la cedería al otro?...

Aquí el problema se obscurecía e intrincaba. A este natural egoísmo de su carne añadíase la honda emoción sentimental, nueva en ellos, que las aseñoradas actitudes y la voz acariciadora de Sarita Durán les producía. No era solamente su cuerpo temprano y fragante lo que codiciaban; prendados andaban también de su carácter humildoso y de todas sus palabras, tan dulces y escogidas, que parecían azucararla los labios. "A una mujer así—discurrían los dos rivales—un hombre de veras no la deja ir: la guarda." Y, a continuación: "Este pleito acabará mal, a no ser que ella elija o se enamore de uno de nosotros..."

Temeroso de precipitar los acontecimientos, Bartolo propuso a sus acompañantes pernoctar en la venta de Manolo, distante po-

co más de dos kilómetros; allí estarían con mayor comodidad y menos expuestos a ser vistos.

—Porque yo todavía no estoy seguro —agregó—de que así, tan por "las buenas", los de Vado-Hondo nos dejen escapar.

Sarita y Luis Mena aprobaron el consejo, y la pequeña caravana reanudó su éxodo. Ellos marchaban delante y encerrados en un mutismo hostil. La Durán les seguía distraída. De su espíritu rudimentario, las ideas, inconexas y rotas, se escapaban; el riesgo que acababa de hurtar ofrecíase en su memoria desdibujado, fragmentario, como algo soñado o leído, por lo cual no experimentaba agradecimiento hacia sus bienhechores. Les tenía miedo; el miedo era la única sensación que persistía en ella. También de cuando en cuando, viéndoles caminar, pensaba que era Bartolo el que la gustaba más de los dos...

En la venta fueron acogidos por Manuel, a quien a tales horas la inesperada aparición

de los dos temibles barateros sobrecogió mucho. Estaba en calzoncillos cuando salió a recibirles, y se alumbraba con un candil humoso. La presencia de la cupletista también le inmutó; vagamente adivinó lo acaecido.

—¿Esta joven—dijo—es la que hoy debía trabajar en el parador de Vado-Hondo?...

—La misma—interrumpió Luis Mena—, pero, si quieres a tu piel, figúrate que no la has visto. ¿Estamos?...

El amonestado, que era viejo, bajó la cabeza.

—¿Queréis cenar?—preguntó—, hay lomo bueno.

—Lo que necesitamos—repuso Bartolo—es echarnos un rato, pues hemos de partir antes de que amanezca.

Manuel condujo a sus huéspedes a una habitación de aspecto ruín, en la que sólo había algunas sillas y un gran lecho de madera; despabiló el candil, que colgó de un clavo, y con unas desabridas "buenas noches", se retiró, cerrando la puerta tras sí.



V

Sarita Durán se había sentado al borde de la cama, los codos apoyados en el maletín que guardaba sobre sus rodillas, y las piernas estiradas y juntas. Esta actitud, de colegiala castigada, la hacía más pequeña. Sucesivamente recapacitó en las cien pesetas que Juan López la hubiese abonado a poder ella trabajar otra noche y en la alegría de no haber perdido sus joyas. Después miró a su alrededor, sintióse a merced de sus acompañantes, y pensó crudamente:

"Debo corresponder..., debo pagar... lo que han hecho por mí..."

Su alma, sin embargo, no llegaba a entre-

garse a la ternura del agradecimiento, ni siquiera a la convicción de que algo merecían los que, por afición a ella, acababan de jugarse la vida; y así la taimada, aun hallándose pronta a rendirse, todavía buscaba un medio de escapar. Bartolo y el arriero la miraban, y, a veces, sin querer, animados por el odio mutuo que iban sintiendo, sus ojos se tropezaban interrogadores y aviesos.

Fué Luis Mena quien, más impulsivo, rompió el silencio:

—Bueno... ¿Vamos a pasarnos la noche así?... ¿Qué hacemos?...

En el mismo tono petulante replicó Bartolo:

—Eso digo yo: ¿qué hacemos?

A estas palabras siguió un silencio.

—¿Qué hacemos, tú?—repitió el arriero, dirigiéndose a la Durán.

Ella alzó la cabeza y no respondió; parecía idiota; en su rostro exangüe, amustiado, agotado, los bellos ojos se cerraban de sueño.

En aquel semblante lívido, como enharinado, sólo había un deseo: dormir.

—¿No oyes?—insistió Bartolo.

Entonces, con ahinco, cual si repentinamente hubiese tenido conciencia de lo que solicitaban de ella, Sara Durán empezó a suplicar. Atribuladísima dejó su maletín y juntó las manos. Hablaba desfallecidamente y, para mejor edulcorar sus frases, recurría a los diminutivos mimosos.

—Estoy malita — decía—. ¿Cómo queréis?... Tengo el cuerpecito roto..., los piececitos deshechos... ¡Dios mío!... ¡Si no sé cómo puedo tirar de mí!...

Para corroborar sus palabras enseñó las heridas de sus rodillas y de sus manos.

—Sed buenos—continuó, lagotera—, y marchaos a otra habitación...

A la vez los dos hombres la interrumpieron:

—¿Qué has dicho?... ¿Marcharnos?...

—Tú eres tonta, ¿verdad?

—Sí; me dejáis descansar porque nacisteis

cristianos y tenéis compasión de mí. ¿No veis que soy pequeñita y que sufro mucho?... Dejadme dormir esta noche tranquila, y mañana, en Puebla-Grande...

—¡En Puebla-Grande te nos escapas! —atajó Luis Mena—. ¿Crees que me chupo el dedo?... Tú, por buenas o por malas, eres mía esta noche.

—Sé bueno, Luisito—suplicó ella—: mañana... ¿quieres?

—¡Quiero ahora..., ahora mismo!

Iba a obligarla a levantarse cuando Bartolo intervino.

—Eso así, a la fuerza—murmuró—, tampoco puede ser.

—¿Por qué?...

—Porque no, ¡ea!... Porque lo que no está bien..., ¡no está bien!...

El mismo deseo sexual que horas antes les había unido contra todo el vulgacho de Vado-Hondo, les separaba ahora.

—¿Esta mujer—replicó Luis Mena, a cu-

yas mejillas la cólera daba un tinte terroso—, no es de los dos?

—¡Si ella quiere!... De lo contrario, no.

—¿Cómo que no? ¿No lo pactamos así?

—Así lo pactamos, en efecto—replicó Bartolo—, pero reconozco que fué una salvajada; y sostengo que es una salvajada, porque lo que evitamos que hiciesen con ella los brutos de Vado-Hondo no lo vamos a hacer ahora nosotros.

No dejó este argumento de causar mella en el corazón violento, pero hidalgo, del arriero, que repuso:

—¿Entonces, qué?...

—Que ella decida.

—No entiendo. ¿Qué tiene ella que decir? ¿No ha de ser de los dos?

—Si quiere ser de los dos..., bueno; de los dos; pero si no, que elija de nosotros al que más la guste.

Sin saber por qué, Bartolo estaba cierto de que Sarita Durán, puesta en el trance de tomar por amante a uno de los dos, le prefe-

riría a él. Luis Mena movió la cabeza indeciso. La mayor belleza varonil de su contrincante—belleza que él reconocía—le colocaba en estado de inferioridad. Temía perder. Bartolo, evidentemente, jugaba con ventaja.

Para asegurarse de la buena o mala fe de su enemigo, inquirió:

—¿Y si me elige a mí, supongamos?

—Me voy yo.

—¿De verdad?

—Por mi madre muerta, te lo juro.

Ya iba a ceder Luis Mena cuando, de súbito, se arrepintió.

—Echémoslo a suertes—dijo.

—No hace falta—exclamó Bartolo—, que ella escoja; ella es la Suerte...

La Durán intervino con renovados remilgos, imploraciones y aplazamientos.

—Mañana, os lo ruego. ¡Me muero de cansancio!...

Pero advirtiendo que ellos se enfurecían, comprendió que no debía regatear más y

darse por contenta con aquel inesperado cincuenta por ciento de rebaja en su deuda. Entonces examinó a los dos hombres, que a su vez la observaban calenturientos, y extendiendo hacia Bartolo una mano, dijo:

—Te elijo a ti...

Luis Mena masculló una blasfemia y se encaminó hacia la puerta. De pronto retrocedió.

—Lo que acabas de hacer—exclamó, dirigiéndose a Sarita—es una porquería, porque no debiste escoger entre nosotros, sino quedarte con los dos, porque gracias a los dos estás aquí. ¡Sangre de loba tienes..., y el hombre que de ti se fíe ha de verse ahorcado!... Pero Dios te castigará; Dios ha de querer que mueras podrida...

Viéndole tan infeliz, con los ojos inyectados y rechinando los dientes, la joven se aproximó a él, envolvente y piadosa:

—No he sido yo, Luis, sino el azar, quien dispuso que Bartolo esta noche se quede conmigo. Ten paciencia; tú, mañana...

El arriero se encogió de hombros, con el despreciativo ademán de quien no quiere nada, y salió del cuarto; y apenas cerró la puerta cuando Bartolo, ciego de deseo, brincó sobre Sara. En aquel instante la puerta volvió a abrirse, y Luis Mena reapareció. Furibundo, Bartolo le cerró el paso.

—¿Qué rayo buscas aquí?—le gritó—¿No te fuiste? ¿Para qué vuelves?

—Para deciros, a ella y a ti, que ni con palabritas de miel, ni con bravatas tampoco, se juega conmigo. He reflexionado y sé lo que debo hacer. Esta mala hembra es de los dos, y lo que de ella me corresponde no me lo quitas tú, ni cien como tú. ¿Hablo claro?... ¡Bueno que a la niña no la tomemos por la fuerza!... En esto te doy la razón. Pero..., ¡puñales!..., si yo me voy de aquí sales tú conmigo, y si tú te quedas..., ¡me quedo yo también!...

—¿A qué viene eso?—contestó Bartolo—¿No me eligió ella por primero?

—Sí; pero entre nosotros no debe haber

preferencias; aquí no hay más que dos hombres que han robado una mujer, y se la reparten.

Iban ofuscándose, conforme la sangre se les acaloraba, y el bronco diapasón de sus voces rencorosas crecía.

—Estás provocándome, Luis—advirtió Bartolo—; ¡fíjate en lo que haces!

—Yo no te provoco—replicó el arriero—; yo defiendo lo mío. Tú me dijiste en el mesón, cuando la gente empezaba a apedrear la casa: "¿Me ayudas a sacar de aquí a la Durán?" Y yo te contesté: "Vamos." ¿Fué así?... Bien ves que la mujer pertenece a los dos.

A Bartolo la paciencia se le iba.

—Vete, Luis.

—Contigo.

—¡Te ruego que te marches, Luis Mena!...

—Pero contigo. Tú de mí no te separas ya.

—¡Luis—advirtió Bartolo, palideciendo—, Luis!... Que vamos a pegarnos...

—Lo que haga falta—replicó el otro—, nos pegamos..., nos matamos...

Sara Durán empezó a gimotear, lo cual empeoró la situación. La cólera, en ambos beligerantes, llegaba al paroxismo. Bartolo había cogido al arriero de las solapas y le empujaba ardorosamente hacia el pasillo; el atropellado resistía. Breves momentos forcejearon silenciosos, sin ánimos, tal vez, de lastimarse.

Sarita Durán suplicaba:

—¡Dios mío!... ¿Por qué reñís?... Quedaos los dos...

De pronto sonó un golpe, un puñetazo. Fué de Luis Mena de quien partió la ofensa imperdonable. Bartolo murmuró, ciego ya:

—Te mato...

—Vamos—repuso el arriero, señalando con un gesto la puerta a su enemigo.

Y, sin más palabras, salieron de la estancia los dos. Sarita les oyó recorrer a largas trancadas el corredor, descorrer los dos pesados cerrojos con que el portón roblizo de



la venta se aseguraba, y salir al campo, donde sus pisadas se extinguieron. Hubo un silencio hondo y turbador. La moza cayó de hinojos, el lloroso semblante vuelto hacia arriba y los brazos en cruz, y empezó a rezar precipitadamente por el que iba a morir:

—"Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre..."

Y esta oración ingenua y fervorosa balbuceada allí, en aquel cuarto rústico, de muros encalados y a la luz de un candil, tenía una emoción racial.

Transcurridos cinco o seis minutos, lejos, sonó un tiro, y Sara Durán sintió un aire frío deslizarse sobre ella.

—¡Ya!...—dijo.

Después, abrigándose con ambos brazos el pecho palpitante, quedóse inmóvil, los ojos fijos en la puerta. ¿Quién entraría por ella?... ¿Bartolo?... ¿Luis?... La era indiferente. En trance tan dramático sólo la angustiaba, con un amargor de remordimiento, la sangre que, por su causa, acababa de verterse.

De nuevo en el carrejo resonaron pasos acelerados, de hombre que persigue o que huye, y apareció Bartolo. Estaba lívido.

—¿Y Luis?—exclamó Sara.

El no contestó a la pregunta, y ordenó, cogiendo el maletín de la artista:

—Vámonos.

En el zaguán estaba el ventero, con quien Bartolo cruzó algunas palabras. Aquel, muy atribulado, asentía a todo. Sara le oía repetir:

—Bien, bien... Ve tranquilo... Yo no he visto nada... nada...

Bartolo y la mujer salieron, y unos momentos caminaron sin hablar. La luna había emprendido su descenso y por oriente se insinuaba un resplandor lechoso, casi imperceptible. Bartolo empezó a explicarse:

—Le he matado..., ¿oyes?... Le he matado por ti, porque te quiero... Ya comprenderás que, después de esto, tú y yo no podemos separarnos nunca...

Ella tembló. Hallábase perdida, arrastrada, en el torbellino de aquel hombre.

—¡Dios mío!—balbuceaba—. ¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?...

El continuó exponiendo su plan:

—Llegaremos a Puebla-Grande a tiempo de subir a la diligencia que sale de allí a las seis, y enlaza en la capital con el correo de Asturias. Podemos ir tranquilos, porque la noticia de lo ocurrido en Vado-Hondo no ha podido llegar al pueblo aún.

Inclinóse hacia ella y, sin interrumpir la marcha, la dió muchos besos.

—¿Tú me querrás, Sara?—decía—. ¡Oh! ¡Sí, has de quererme, después de lo que hice para ganarte!... Por ti estoy fuera de la ley. Tú me has perdido...

La idea de su crimen le obsesionaba, y consolábase pensando que la joven, en virtud del vínculo brujo de la sangre derramada, hallábase unida a él para siempre.

—¿Tú tienes familia?—preguntó.

Sarita tenía madre y hermanos, pero repuso:

—No.

—¡Mucho mejor!—exclamó el matón—, porque así viviremos más unidos. ¿Llevas dinero?...

Ella asintió.

—Con ese dinero—prosiguió Bartolo—pagaremos nuestro viaje a Madrid, y una vez allí empeñaremos tus alhajas, o las venderemos..., ¡lo que más convenga!..., y nos iremos a Francia. En Francia yo trabajaré; yo sé trabajar..., y tú vivirás como una reina.

Sara Durán asentía a todo, sin perder su sonrisa, aquella sonrisa buena, que la rejuvenecía, y entre tanto meditaba:

"¡Dios mío!... ¿Con quién he ido a caer?..."

Rato hacía que caminaban por el atajo y ya se veían albear, iluminadas por las claridades del amanecer, las primeras casas de Puebla-Grande, cuando en una vuelta del

camino los fugitivos halláronse de manos a boca con un mozalbete, en quien ambos reconocieron en seguida al camarero del "Parador de Vado-Hondo", y al que daban escolta dos guardias civiles.

—¡Señorita!... — exclamó el muchacho acercándose atónito—. ¿Qué ha sucedido?... ¿Cómo está usted aquí?... Para allá iba yo ahora con estos señores, y crea usted que no he podido correr más.

Obedeciendo a una inspiración repentina, Sarita Durán corrió hacia los de la benemérita.

—¡Guardias—exclamó—, detengan a ese hombre, que acaba de matar a otro y quiere robarme!

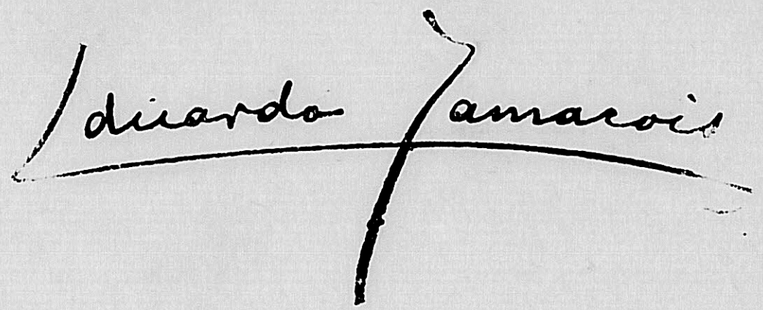
Los interpelados se acercaron a Bartolo, a quien de sobra conocían, y le ordenaron darse preso. El, paralizado un instante por la sorpresa, gritó, al fin, ahogando un sollozo:

—¡Sara!... ¡Sara!... ¿De qué me acusas?... ¿Por qué me vendes así?... ¡Maldita!... ¿Qué daño te hice yo?...



Acababa de comprender su traición miserable. "El hombre que de ti se fíe ha de verse ahorcado", había dicho Luis Mena poco antes de morir, y su profecía empezaba a cumplirse. Entonces Bartolo miró a la mujer con odio, con dolor infinito también; la miró con unos ojos de los cuales la felona había de acordarse toda su vida. Después, dócilmente, se dejó esposar.

Así los cinco regresaron al pueblo.



Marzo, 1924.

EN NUESTRO NÚMERO
PRÓXIMO PUBLICAREMOS

La comedia de la honorabilidad

POR

Antonio de Hoyos y Vinent

o o o

ILUSTRACIONES DE
:-: ANTONIO JUEZ :-:

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Antonio de Hoyos y Vinent, W. Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		Extranjero:	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	12 —

EXTRANJERO

Año.....	32 ptas.
Semestre.....	19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año.....	24 ptas.
Semestre.....	14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

LA NOVELA DE NOCHE

